

**JOAN D'ARC
CUARTA PARTE**

SACRIFICIO

**"Una vez que el camino del Lado Oscuro decides tomar, para siempre
dominará tu destino."**

Yoda, Maestro Jedi

Capítulo I

[En el otro lado]

Joan llevaba todo el día tumbada sobre su litera, mirando al techo con las manos cruzadas bajo la cabeza. Tobb estaba muerto. No podía dejar de pensar en ello. Trillian y la mayoría de sus amigos del escuadrón Milagro también lo estaban. Lo habían arriesgado todo para intentar salvarla, y ahora se habían ido para siempre. La pena que sentía era inmensa, y no había nada que pudiera aliviarla. Nada en absoluto. Después de lo que había sucedido el día anterior, parecía como si se hubiese quedado sin fuerzas, salvo para echarse a llorar una y otra vez. Su ataque contra Calhuch y Tremoulin, su alocado y desesperado intento de fuga, todo aquello le parecía muy lejano, casi irreal, como si no hubiese sucedido realmente. Y sin embargo, algunos de los recuerdos que se empeñaban en venirle una y otra vez a la cabeza eran tan nítidos que parecían haber tenido lugar tan sólo un momento antes...

...el día en que pisó por primera vez la cubierta de una nave de la República, el *Dragón*, y vio a Tobb allí mirándola, como invitándola a explicar que hacía allí una muchacha con una bolsa de viaje y cara de despistada. Cómo le había latido el corazón en esos momentos, qué cortada se había sentido... y cómo le había gustado Tobb desde el primer instante. Él siempre decía que a él le había pasado lo mismo...

...el momento en el que entró, también por primera vez, en el hangar del *Armonía*, con todos aquellos pilotos y técnicos mirándola como si fuese a echarse a levitar, Trillian saludando tan serio, con su cara llena de pecas, y Tobb de pie al lado del *Cantante*, con el caballo alado recién pintado...

...cuando se bajó de la lanzadera que la traía de vuelta de Alderaán, todavía hecha un lío por lo que había pasado en el Congreso, y encontró a Tobb esperándola para llevarla a comer. La hizo ir a su camarote a cambiarse, y apenas unos segundos más tarde ya estaba llamando a la puerta, con una servilleta sobre el brazo, llevando una bandeja con comida. Lo primero que hizo fue colgarse del techo y desmontar el sensor anti-incendios, mientras ella lo miraba alucinada. Todavía seguía sin saber de dónde había sacado aquellas arcaicas velas...

...la vez en que hicieron el amor por primera vez, después de una misión en la que Joan había perdido a dos pilotos. Ella se sentía fatal por ello, y Tobb se quedó toda la noche con ella en su camarote, escuchándola en silencio y dejando que se desahogara. En algún momento debió quedarse dormida, y cuando despertó a la mañana siguiente Tobb estaba allí, contemplándola, con aspecto de no haber dormido en absoluto, pero respondiendo a su sonrisa con la suya. En ese momento lo deseó tanto que se abalanzó sobre él. Tobb admitió después que nunca, ni siquiera durante su exhibición en el simulador de vuelo, ni cuando regresó victoriosa de aquella primera misión imposible, o cuando estaba viendo en directo la que estaba organizando en Alderaán el día de la condecoración, le había sorprendido tanto como en ese momento, y Joan se sintió encantada. Casi siempre era él quien la sorprendía a ella...

Tobb, siempre Tobb. No podía resistir el pensar que Tobb estuviera muerto. El hecho de que el resto de sus amigos también lo estuvieran era como si le hubiesen echado sal sobre la herida. Aún dolía más. Yoda había estado allí varias veces intentado consolarla, pero ella no había podido siquiera hablar con él. El pequeño ser se había marchado en cada ocasión con aspecto más compungido y abatido. Joan sentía hacerle sufrir a él también, pero no podía evitarlo. No podía evitar sentirse como se sentía.

Al principio, al poco de que la devolvieran a la celda, fue incapaz de resistirse a la desesperación y había empezado a golpear las paredes con los puños. Se detuvo al recordar lo que había sucedido la última ocasión en la que se había abandonado a la ira, tan sólo unas horas antes. Ya empezaba a sentir otra vez ese extraño calor avivándose en su interior. No, no podía consentirlo, no entraría en el Lado Oscuro, por fuerte que llegara a ser la tentación. La venganza no le traería a Tobb de vuelta. Antes de detenerse, ya se había lastimado los nudillos. De hecho los tenía prácticamente en carne viva, y le escocían al rozarse con la áspera manta que Yoda le había traído en algún momento de la noche al verla tiritar, aunque seguramente sabía que su temblor no tenía mucho que ver con el frío. También le dolían por llevar tanto tiempo con las manos bajo la cabeza, pero no las movió de donde estaban. Ése era un tipo de dolor que podía sufrir mucho mejor que este otro, el que sentía lacerándole el corazón.

Aquella noche en el camarote de Tobb, cuando le hablé de mis presentimientos, fue realmente la última. Ya no habrá una vida para nosotros. Nunca tendremos ese futuro juntos con el que soñamos. No tendremos una familia, ni un hogar. No habrá nada de nada. Jamás volveré a verle. Jamás volveré a ver a mis padres. ¿Por qué? ¿Por qué tiene que ser así? Creí que estaba haciendo algo bueno. ¿Es esto lo que merezco?

A pesar de saber que era completamente inútil, no dejaba de darle vueltas a todo lo que había pasado en el último año, qué podría haber hecho de forma diferente y evitar que todo esto hubiera sucedido. Llegó a pensar incluso en si no podría haber dicho algo en el mensaje que Tremoulin y Bedenford le habían permitido enviar, alguna clave para avisar al Canciller Carless para que impidiera que sus amigos intentaran nada semejante. Pero ¿cómo podría ella haberlo imaginado?

Desde que estaba encerrada allí había rememorado cientos de veces su conversación con Smeigger antes de la última misión. Se suponía que era sensible a la Fuerza. ¿Cómo pudo dejarse engañar de esa manera? ¿Cómo permitió que él y Lamorny la derribaran, cuando los mejores ases británicos habían sido incapaces de conseguirlo? ¿Había alguna forma de escapar de aquel carguero, antes de que el gas la dejase inconsciente?

¿Y si no hubiera obligado al senador Carless a presentarse a canciller? Zindalander habría terminado capitulando, a pesar de la victoria en Alderaán. Probablemente ahora habría paz en la galaxia, aunque fuera bajo el gobierno

de los bretalianos... Eso era lo que le había dicho Miquelus, y Joan no se veía ya capaz de descartar que el Jedi estuviera en lo cierto.

Y ya puestos a imaginar, ¿y si no se hubiera movido de Gerillia? ¿Si hubiera ignorado los sueños, las voces en su cabeza y lo que le decía su instinto? Seguramente nunca hubiera conocido a Tobb, ni a Trillian ni a ninguno de los otros. Pero quizás entonces aún estarían vivos...

O quizá no. Si los bretalianos llegaban a hacerse con el control de la República, cientos, probablemente miles de sistemas planetarios, quedarían sometidos bajo su dominio. A juzgar por el modo en el que zanjaban sus disputas, enviando flotas de invasión y realizando bombardeos orbitales, algo nunca visto hasta ahora, no podía esperarse de ellos que fueran gobernantes justos precisamente. Los mundos invadidos serían obligados a orientar su economía en función de los intereses bretalianos, aunque eso significara su propia ruina. Millones de seres inteligentes se verían forzados a abandonar su modo de vida, sus costumbres, todo lo que les identificaba como pueblo. Muchos pasarían hambre. Otros se verían obligados a emigrar a otros sistemas, si es que podían permitirse un viaje semejante y siempre que los bretalianos les permitieran marcharse. No hacía falta tener demasiada imaginación, puesto que todo eso ya había empezado a suceder. Dos de los primeros planetas conquistados, Ribette IV y Betedania, eran mundos eminentemente rurales, dedicados principalmente a la agricultura y con poca relación con el exterior. Tras hacer prospecciones y descubrir los importantes e inexplorados recursos minerales de ambos planetas, los bretalianos habían abierto allí gigantescas minas, plantas de fabricación de duracero para surtir a sus astilleros y cadenas de montaje de baterías láser, vehículos terrestres e incluso cazas completos. A esas alturas, la ecología de ambos mundos había sido alterada para siempre, y su población original marginada, obligados a trabajar en las mismas fábricas que les habían destruido la vida, o incluso alistados a la fuerza para ser usados como carne de cañón en las unidades de asalto bretalianas.

La gente de esos mundos seguía con vida, sí. Pero, ¿merece la pena perder la libertad a cambio de mantener la vida? ¿Es preferible vivir como un esclavo a morir intentado seguir siendo libre?

No, no lo es. Joan era incapaz de pensar de otra forma. Ella no podría permanecer de brazos cruzados mientras la injusticia y las leyes de la guerra gobernaban el universo. Tobb, Trillian y el resto de sus amigos caídos eran como ella. Si les hubiesen dado a elegir de nuevo, aún conociendo lo que les deparaba el futuro, habrían preferido luchar sin importarles el precio. Si ése era su destino, hubieran deseado morir tal y como lo habían hecho. Peleando por aquello en lo que creían. Por aquellos a los que querían. No, en ningún caso podía decirse que hubieran muerto en vano.

Ese último pensamiento le dio el consuelo que estaba buscando. Ya está bien de llorar. Ya basta de pensar en lo que podría haber hecho o dejado de hacer, o en cómo podrían haber sido las cosas. Lo que ya pasó no tiene

remedio. Lo que tenga que ser, será, y yo me enfrentaré a lo que sea con la cabeza bien alta. Que Tobb y los chicos puedan estar orgullosos de mí.

No quedaban lágrimas en la cara de Joan cuando Yoda entró en la celda, mirándola con ojos en los que se mezclaban la pena, la preocupación y la compasión por partes iguales. Al notar la expresión serena de Joan pareció sorprenderse, pero lo disimuló enseguida. *Sin duda esperaba encontrarme llorando sin descanso, o bien maldiciendo y pegándole a las paredes. Si supiera que he hecho ambas cosas...*

"Lo siento mucho, Joan," dijo Yoda sinceramente afectado. "De verdad que lo siento."

Joan no contestó, limitándose a encogerse de hombros. Al ver que Yoda se quedaba allí de pie, como si no supiera muy bien qué hacer a continuación, le dirigió una leve sonrisa y palmeó la litera con la mano, indicándole que se sentara allí a su lado. Yoda se acercó y dio un saltito para subirse a la litera.

"Afligido por tus amigos estoy," explicó. "Y también por ti."

"Gracias."

"Peligrosa para ellos eres. Eso han decidido. El ataque de tus amigos demostrado les ha que su estrategia de mentiras ha fallado, al menos en parte. Aunque muchos dudar de ti puedan, sí, y de ello se aprovechen políticos opuestos al canciller Carless, entre las Fuerzas Armadas de la República inmensamente apreciada eres todavía. Apreciada y querida. Y ahora te vuelves una amenaza incluso dentro de sus propio dominios." Joan le miró con curiosidad. "Así es, si. Fueron muchos los que vieron lo que pasó cuando de la fortaleza saltaste. Apenas creerlo puedo yo todavía. Calhuch ordenó que todos los soldados que allí se encontraban trasladados y aislados fueran, pero la voz ya corrido se había. Que realmente debes ser una Jedi, muchos dicen, y eso les asusta. Creen que otros Jedi habrán de seguirte. El general Bedenford problemas está teniendo entre sus propias tropas. Cuestionan su alianza con alguien como Calhuch, al que llaman cada vez más el *falso Jedi*."

Joan sonrió. "Me alegro de escuchar eso último. Aunque yo tampoco sea una Jedi."

"Equivocada estás, jovencita," dijo Yoda muy serio. "Jamás encontrado heme con nadie con mayor derecho a ser llamado Jedi."

Joan se volvió a mirarle. "No digas eso, Yoda. Tú me has enseñado muchas cosas. Conoces la Fuerza mucho mejor que yo."

"Y sin embargo eres tú quien en mi maestra convertido te has, mi querida jovencita. Sí, no me mires así. Completamente sincero soy contigo."

Joan bajó la mirada sintiéndose extrañamente reconfortada. "Gracias por decir eso. Viniendo de ti, significa muchísimo." Yoda asintió. "Ahora dame las malas noticias."

Yoda tragó saliva antes de comenzar. "Calhuch ha convencido a los otros de que morir debes." La expresión de Joan no se alteró, como si no le hubiera oído, o más bien como si no le importara. Yoda pensó correctamente que se trataba de lo segundo. "Juzgada y condenada públicamente serás."

Joan se quedó pasmada por un momento y luego se echó a reír. "¿Juzgada? ¿Acusada de qué?"

"De traición y de brujería."

"¿Traición?" Joan se puso de pie de golpe, tan sorprendida como indignada. "¡Tremoulin, Borgonne, Lamorny, *ellos* sí que son traidores! ¿A quién se supone que he traicionado yo? ¿Y qué es eso de la brujería?"

"Unidas van ambas acusaciones. Doscientos años o más hace desde la última vez que se juzgó a alguien por brujería, cuando cayeron los últimos servidores del Sith, pero aún contemplado está como delito en el Código de la República. Aplícase a aquellos que hacen uso del Lado Oscuro de la Fuerza. Dirán que utilizado lo has para fomentar la guerra en la República y así debilitarla, en lugar de defenderla como al unírte a la Flota juraste. De ahí la traición. Irónico es, pero los bretalianos manteniendo siguen que parte de la República ellos son, y que es por su bien que actúan como lo hacen."

"Parece cosa de broma... ¡Bruja yo! ¡Pero si es Calhuch quien utiliza el Lado Oscuro, no yo!" Nada más decir eso su rostro se ensombreció y volvió a dejarse caer sobre la litera. "Al menos no hasta ayer mismo."

"Razón tienes, jovencita, razón tienes," dijo Yoda, obviando el último comentario de Joan. "Pero los servidores de Calhuch tiempo llevan convenciendo a la gente, aquí en Loira y en el resto de los mundos bretalianos de que una servidora del Lado Oscuro eres. Supersticiosa la gente es..."

"No hace falta que me digas más," le interrumpió Joan sin levantar apenas la voz. "El propio Calhuch me lo explicó el mismo día en el que llegué aquí." Joan sacudió la cabeza, haciendo que mechones de pelo rubio se movieran sobre su frente. "La mayoría no saben nada sobre la Fuerza, pero todo el mundo ha oído hablar del Lado Oscuro. Todos hemos visto holodramas." Al decir eso casi se echó a reír. "Daré igual lo que diga en ese juicio. Si quieren matarme lo harán." Yoda le puso la mano sobre el hombro y Joan se la cogió. "No te preocupes, mi querido y bondadoso amigo. Salvo de lo que pasó ayer, estoy orgullosa de todo lo que he hecho y desde luego no le temo a la muerte. Y si me calumnian, al menos quedarás tú para contar la verdad. Algún día."

Yoda sintió un nudo en la garganta. A sus ojos, Joan parecía de pronto mucho más vieja que tan sólo un día antes, y el solo mirarla le dolía. Como la quería. Cuánto la admiraba. "Te lo prometo," dijo. "La verdad sobre ti contaré."

Joan asintió en silencio y le apretó la mano que sostenía. A Yoda se le escapó una lágrima.

Capítulo II

A la mañana siguiente media docena de soldados fuertemente armados entraron en su celda. Dos de ellos se quedaron junto a la puerta mientras otros dos se encargaban de poner a Joan argollas de seguridad, de modo semejante a como la habían traído hasta allí tras ser capturada. A pesar de que Joan no opuso resistencia, los dos soldados restantes no dejaron de apuntarla hasta que la última argolla quedó sujeta, e incluso entonces mantuvieron sus armas a mano. Tumbada boca abajo sobre la litera, incapaz de moverse, Joan se preguntó si acaso pretenderían llevarla a cuestas hasta el tribunal. *A lo mejor quieren que vaya levitando.* A modo de respuesta, los mismos soldados que se habían encargado de encadenarla trajeron un aparato compuesto por una barra extensible que adaptaron a la estatura de Joan, varias sujeciones magnéticas sobre las que se enganchaban las argollas, y sendos dispositivos antigraavitatorios en ambos extremos. Tan pronto como la sujetaron a su espalda, uno de los soldados activó el ingenio y Joan notó como la barra tiraba de ella hacia arriba. Entre los dos la pusieron vertical y uno de ellos se encargó de empujarla a través de la puerta. *Al menos no me llevan boca abajo...*

Calhuch les esperaba en el pasillo, como si temiera que las precauciones que habían tomado no fueran suficientes para contener a Joan si ésta trataba de escapar. No pudo verle la cara, oculta bajo la capucha de su manto, pero no le hacía falta verle para reconocerle. Su aura de malevolencia le era ya tan familiar que a Joan le resultaba imposible no sentir su presencia. Dándose por satisfecho, al parecer, con las medidas de seguridad que habían tomado los militares, el Maestro Oscuro tomó un ascensor hacia la plataforma de aterrizaje de la fortaleza. Otro ascensor se abrió para ella, y al ser empujada hacia él Joan se dio cuenta de que había soldados en cada uno de los pasillos que rodeaban la zona de los ascensores. Apuntándola. Joan estuvo a punto de sonreír. *Pues sí que me han cogido miedo.* Ahora que lo pensaba, le llamó la atención el hecho de que el día anterior hubieran permitido entrar a Yoda en su celda sin escolta. Seguramente había soldados bretalianos apostados entre el pasillo y el hall durante todo el tiempo que había pasado con ella. Se preguntó dónde estaría ahora su pequeño amigo. Juzgada y condenada, le había dicho. Joan frunció los labios, apenada al darse cuenta de que lo más probable era que no volviera a ver a Yoda. Le habría gustado despedirse de él, darle las gracias por todo lo que había hecho por ella, pero supuso que en el fondo no era necesario. Yoda tenía que saber perfectamente lo que ella sentía, puesto que el vínculo que los unía a través de la Fuerza no dejaba lugar para los secretos. *Adiós amigo,* pensó de todas formas. *No, adiós no. Hasta siempre.*

Al cerrarse la puerta del ascensor, volvió a sorprenderse un poco al comprobar que iban hacia abajo en lugar de hacia arriba. Salieron al nivel de la superficie. Joan reconoció el corredor por el que la habían traído después de su intento de fuga. Un poco más allá estaban las puertas que daban al exterior, al bosque. *Parece que me van a llevar en un vehículo terrestre.* Si hubiera podido, se hubiera encogido de hombros. *Si ellos no tienen prisa, yo tampoco.* La fortaleza estaba situada en un entorno rural, a casi quince kilómetros de Compadigne. Los soldados subieron a Joan a un vehículo sobre ruedas, y

aseguraron la barra verticalmente en la parte posterior, que no tenía techo. Tras comprobar que estaba bien sujeta, dos de ellos subieron a la cabina, mientras que los cuatro restantes se montaron en sendas aeromotos, aparcadas a pocos metros. A Joan todo esto le parecía cada vez más extraño, pero se abstuvo de preguntarle nada a los soldados. Fuera lo que fuera lo que le tenían reservado, estaba dispuesta a parecer absolutamente indiferente.

Cuando estaban a punto de dejar atrás el bosque que rodeaba a la fortaleza, Joan pudo ver Compadigne a lo lejos. Se trataba de una pequeña ciudad de aspecto pintoresco, con edificios no muy altos y bastante colorido. En otras circunstancias le hubiera parecido bonito. Tuvieron que detenerse ante una serie de puertas enrejadas. Al parecer, el bosque formaba parte del terreno de la fortaleza. Joan advirtió los sensores y las cámaras que había colocadas encima de la valla. Seguramente había más camuflados entre los propios árboles, por si se daba el improbable caso de que algún prisionero lograra escapar. Al llegar a ese punto comprendió la razón de que la llevaran de esa forma tan grotesca, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantener su expresión neutra. Había gente a ambos lados de la estrecha carretera que conducía desde la fortaleza hasta Compadigne. Mucha gente. Al parecer, los hombres de Calhuch se habían asegurado de que todo mundo estuviera enterado de que Joan d'Arc iba a ser juzgada ese día, y en qué consistía la acusación. Antes de que se terminara de abrir el último par de puertas empezó a escuchar los primeros gritos de "bruja". Cuando el vehículo salió del recinto y entró en la carretera, el vocerío creció de golpe hasta convertirse en un tumulto atronador. Ni siquiera en sus peores pesadillas se había imaginado Joan nada parecido. Hasta ese momento, había creído estar preparada para lo que fuera, pero no lo estaba en absoluto. *Madre mía, madre mía, madre mía... No puedo creer que esto esté pasando, no puede ser...* A través de la Fuerza, sintió como una bofetada el odio y el miedo que aquellas personas sentían hacia ella. Intentó no percibir sus sentimientos ni oír sus insultos, pero le resultaba muy difícil alcanzar la concentración necesaria para aislarse de la multitud. Algunos empezaron a lanzarle verduras y frutas podridas con verdadera saña. Incapaz de moverse para evitarlos, muchos de los improvisados proyectiles le acertaron. Entre medias del gentío, alguien se atrevió a lanzarle una piedra, y lo hizo con excelente puntería. Joan sintió el golpe en la frente, y enseguida la sangre empezó a caerle sobre los ojos. Sólo entonces los soldados que iban en la cabina se decidieron a activar el escudo protector del que iba provista la plataforma sobre la que se encontraba, aunque Joan tardó en darse cuenta de que lo habían hecho. *Si me matan de una pedrada se quedan sin espectáculo*, pensó mientras luchaba contra la sensación de mareo. Los ojos le escocían y pronto empezaron a lagrimear. A pesar de eso, pudo ver al soldado que ocupaba el asiento del copiloto mirar hacia atrás con expresión burlona y comentarle algo a su compañero. Ambos se echaron a reír.

La gente le gritaba cosas horribles desde ambos lados de la carretera. Alzaban los puños a su paso con los rostros transfigurados por el odio, escupiendo su rabia y su miedo con cada insulto. Las verduras podridas seguían cayendo, pero ahora rebotaban de forma inocua sobre el campo de fuerza, para decepción de los que las lanzaban. La gente parecía exaltada, fuera de sí. *¿Pero qué les habrán contado?* Seguramente no hacía ni un minuto

que habían salido a la carretera, y Joan se encontraba ya agotada. Aturdida, sofocada, dolorida, asfixiada, apenada...

Y también, súbitamente, sorprendida.

Como si se encontrara atrapada entre llamas y le llegara de pronto un soplo de brisa fresca, Joan acababa de darse cuenta de que no todos los que la rodeaban sentían de igual modo. Era muy difícil percibirlos entre el torrente de sentimientos desbordados que la invadían. Eran muy pocos, pero sí, estaban allí. Entre todo aquel tumulto había también personas que no le estaban gritando. Seres de buen juicio que no creían en las mentiras propagadas por los agentes de Calhuch. Personas de buen corazón que no veían en ella a una bruja, sino tan sólo a una muchacha encadenada como si fuera una bestia. Eran esos los que no estaban de acuerdo con la guerra, los que se avergonzaban de las acciones emprendidas por el Consejo Bretaliano, los que debían callar cada día lo que pensaban para evitar ser objeto del fanatismo de sus conciudadanos. Era lógico pensar que, también entre los bretalianos, existiera la piedad y la cordura, pero no por eso dejó Joan de sentirse conmovida. Pareció como si el aire volviera a entrarle en los pulmones. Entre aquellos pocos, algunos incluso habían llegado a creer en lo que se decía de ella fuera de los mundos bretalianos: que era una Dama Jedi aunque lo negara siempre por humildad; que intentaba siempre no matar a los pilotos de las naves que derribaba; que había rechazado la mayor parte de los honores y privilegios que se le ofrecían; que había prometido retirarse tan pronto como terminara la guerra. En las miradas de aquellos pocos se mezclaban la vergüenza, la compasión y la reverencia. La presencia entre la multitud de aquel puñado de mentes amistosas consiguió consolarla y aliviarla. Joan les agradeció en su interior el que estuvieran allí, concentrándose en ellas lo mejor que podía para conseguir así olvidarse del resto. Con la ayuda inconsciente de esos insospechados aliados, pudo construir por fin una muralla de paz a su alrededor, una en la que rebotaban el odio y el miedo, al igual que lo hacían las piedras contra el escudo de fuerza que acababan de alzar los soldados que la conducían. Los gritos y los insultos se convirtieron entonces en un murmullo, en apenas un ruido de fondo que no podía alcanzarla ni perturbarla. La expresión de Joan se llenó de dignidad, los ojos azules mirando al frente, sin reaccionar ante los insultos ni mostrarse ofendida o humillada ni por ellos ni por las argollas que la sujetaban. Indiferente a la sangre y la suciedad que cubrían su rostro y su cuerpo. Y de algún modo la gente se daba cuenta. Muchos de los que chillaban, escupían y lanzaban objetos cuando todavía estaba lejos de ellos, enmudecían cuando el vehículo llegaba a su altura y podían ver el rostro de Joan.

Era el rostro con el que se imaginaban a los Jedi de las historias.

El trayecto se hizo largo, muy largo. No sólo porque la fortaleza-prisión estuviera bastante apartada de la urbe de Compadigne, sino también por la velocidad tan reducida a la que la comitiva recorrió la mayor parte del camino - en parte por necesidad, ya que la gente tendía a invadir la carretera, pero en parte también porque los soldados tenían instrucciones de ir despacio de cualquier modo -. Finalmente el vehículo que transportaba a Joan y sus

escoltas alcanzaron una plaza bastante grande rodeada de edificios altos, en torno a un monumento alado. A Joan le recordó de forma muy lejana al caballo que Tobb había pintado como símbolo del escuadrón Milagro. La mayor parte del monumento, no obstante, no era visible desde donde se encontraba ella, a pesar de su posición "privilegiada", un par de metros por encima de la multitud. Justo delante de la estatua había sido instalada una plataforma metálica, cuya superficie quedaba aproximadamente a la altura de sus ojos. Antes de que el vehículo se detuviera frente a las escaleras que daban acceso a la plataforma, tuvo un primer atisbo de lo que le esperaba. Joan sintió que le fallaban las fuerzas.

Lo que Calhuch había montado allí sería sin duda todo un espectáculo, pero uno extraído de una edad remota, salvaje y primitiva, una pesadilla que sólo podía haber sido concebida por la mente de un demente. *Tendría que haberlo imaginado*, pensó desolada. *Lo de ser acusada de bruja debería haberme puesto sobre aviso*. Mientras los soldados subían hasta donde se encontraba ella y desenganchaban el artilugio al que se hallaba sujeta, Joan vio que en el centro de la plataforma había sido instalado un mecanismo de anclaje similar al que ahora la sostenía vertical sobre el vehículo. Iban a juzgarla en esa posición, tal y como se encontraba. *Atada a un poste, lista para que me quemem. Falta el montón de madera a los pies, pero siempre pueden traerlo más tarde. Juzgada y condenada. Seguro que Yoda no sabía lo literales que eran esas palabras*. Por un momento sintió el cosquilleo del miedo, pero lo obligó a retroceder concentrándose en lo que la rodeaba. *Ya habrá tiempo para asustarse luego*. A ambos lados de la plataforma se encontraban sendos estrados, ligeramente elevados por encima del conjunto. Sobre cada uno de ellos habían instalado tres sillones iguales, con amplios reposabrazos y respaldos muy altos. Casi parecían troncos. Ninguno de ellos estaba ocupado de momento. Joan notó que la desenganchaban del vehículo. Los mismos soldados que le habían colocado las argollas y que la habían conducido hasta allí se encargaron de empujarla escaleras arriba y asegurar el artilugio - al que ella no podía llamar ya otra cosa que *poste* - en el centro de la plataforma.

La dejaron mirando al frente, hacia la multitud que se apiñaba alrededor de la plataforma. La mayor parte de las ventanas de los edificios colindantes estaban abiertas, y en todas había personas asomadas. El sol, cayendo casi a plomo sobre la plaza, arrancaba destellos de algunas de esas ventanas. Joan supuso que se reflejaba en los prismáticos que muchos estarían usando. Cada vez hacía más calor. Frente a ella, el vehículo que la había traído hasta allí dio marcha atrás y empezó a apartarse con lentitud. Tan pronto como los soldados empezaron a retirarse del pasillo que habían mantenido abierto para permitir el acceso a la plataforma, la gente se apresuró a ocupar el hueco, peleando a codazos por los mejores sitios. Joan dedujo que si permitían cerrarse el pasillo eso significaba que nadie más tenía que subir hasta allí. Al mover la cabeza hacia los lados, tanto como le permitía la argolla que la sujetaba a la altura del cuello, comprobó que estaba en lo cierto. En realidad, los miembros del tribunal habían llegado antes que ella y se encontraban esperando en la parte posterior de la plataforma, pero ahora se dirigían ya a ocupar sus puestos. A Joan no le sorprendió comprobar quién se iba a encargar de presidir la corte. Calhuch subió al estrado despacio, con movimientos cuidadosamente calculados,

flanqueado por dos hombres vestidos como él, con túnicas marrones y capucha. ¿Marrones? Sí, ya iba vestido de ese color cuando lo vio en el hall de la fortaleza, pero entonces no había reparado en ello. Al parecer Calhuch había decidido prescindir del negro para la ocasión, adoptando una vestimenta más acorde con lo que se esperaba de un Jedi. El antiguo maestro tomó asiento en el sillón central del estrado situado a la derecha de Joan, y sus dos acólitos ocuparon las restantes. Joan no dudó ni por un momento que también ellos eran Jedis Oscuros, discípulos de Calhuch. El flujo de maldad que provenía de ellos era suficiente para hacer que se sintiera enferma. No podía ver sus caras, ya que sus capuchas las cubrían de sombras, pero a pesar de todo sentía sus miradas clavadas en ella, observándola, estudiándola, midiéndola.

Odiándola.

De pronto notó como si le faltara la respiración, o como si el aire mismo se le quedara congelado en los pulmones. Los tres Jedi Oscuros la estaban atacando, aunque de una forma tan sutil que nadie que no fuera sensible a la Fuerza podría darse cuenta de lo que estaba pasando. Sus mentes malévolas intentaban derribar sus defensas y penetrar en su alma, violar lo más profundo de sus pensamientos y de sus sentimientos, arrebatándole el valor y su voluntad de resistir. Joan sintió unas náuseas y una repulsión terribles. Luchó con todas sus fuerzas para expulsarlos de su interior, con desesperación al principio, pero con más calma después, al comprender que sólo la calma le permitiría conservar su dominio de la Fuerza y así ser capaz de seguir oponiéndose a ellos. Creyó escuchar una risa dentro de su mente, tan sólo un momento antes de que consiguiera empujarlos fuera con un último y tenaz esfuerzo. Joan sintió arcadas. Una lágrima de rabia escapó de sus ojos. Respiró una vez, otra más, sabiendo que la sensación de ahogo era subjetiva, recuperándose poco a poco de su malestar. Los tres Jedi ni siquiera se habían movido. De momento la habían dejado tranquila, pero Joan estaba segura de que volverían a intentarlo antes de que todo terminase. *Si los he rechazado una vez, volveré a hacerlo las veces que hagan falta*, pensó para sí intentando darse ánimos.

Joan se obligó a mirar hacia el estrado opuesto al que ocupaban Calhuch y sus acólitos. Allí estaban el general Bedenford y otros dos hombres en ropa civil, a los que nunca había visto antes. Joan supuso que se debían ser miembros del Consejo Bretaliano. Los dos senadores traidores, Borgonne y el insidioso Tremoulin no estaban por ninguna parte, lo cual no la extrañó en absoluto. *Mejor no dejarse ver aquí en público, por si los bretalianos pierden la guerra*. Al mirar por segunda vez al general se dio cuenta de que la cortesía que había sentido, o al menos fingido, hacia ella había desaparecido. Sus ojos estaban llenos de rencor y de ira, y Joan creía saber la razón. No era sólo por los problemas que le pudieran estar causando los rumores que sobre ella circulaban entre sus propias tropas. Era por el ataque llevado a cabo por Tobb y por el escuadrón. Estaba segura de que la flota bretaliana había sufrido pérdidas más importantes incluso de lo que Tremoulin le había dado a entender. Joan comprendió que estaba mirando a un hombre ávido de venganza. Por un instante creyó estar viendo a sus amigos perdidos, de pie junto a sus *Cantantes* al final de una misión. Joan les dirigió un pensamiento cargado de orgullo. Sin duda, los hombres del escuadrón Milagro habían sido

los mejores pilotos con los que pudiera soñar una comandante. *¡Bien hecho, camaradas!*

Joan apartó la mirada del furioso general y la volvió hacia el gentío. Hasta ese momento no se había fijado en las varias cámaras instaladas en lugares estratégicos. *Igual que en Alderaán*, pensó por un momento antes de corregirse a sí misma. *No, igual no. En lugar de vitorearme, esta gente ha venido para ver cómo me matan.* En la plaza no cabía ya ni un alfiler. Seguramente no había un edificio en todo el planeta con capacidad suficiente para tantas personas, y ésa era la razón de que hubieran decidido celebrar el juicio, si es que a aquello se le iba a poder llamar juicio, en un espacio abierto. Eso y la presencia de las cámaras demostraban que Calhuch quería tener una gran cantidad de testigos para lo que tenía en mente. Alguien se le acercó desde atrás y le pasó un trapo húmedo por la cara y el cuello, limpiando los restos de sangre y de inmundicias. La herida de la frente había dejado de sangrar, y Joan recibió con alivio el momentáneo frescor en la cara. Al intentar volverse para agradecer el gesto, Joan percibió movimiento a su derecha. El Maestro Oscuro se había puesto en pie y había abandonado el estrado, encaminándose a la parte central de la plataforma, por delante de ella. *Comienza el espectáculo.*

Cuando la, para Joan, siniestra figura, se alzó frente a la muchedumbre, todas las voces callaron casi de inmediato. Un silencio impresionante se hizo en la plaza cuando se apagó hasta el último de los susurros. Joan escuchó pjar a un pájaro en alguna parte, pero también él terminó guardando silencio, como si se hubiera asustado al oírse su propia voz. Todas y cada una de las personas allí congregadas tenían puestos los ojos sobre Calhuch, cuyo aspecto tenía que resultar imponente visto desde más abajo. Un ligero viento hacía ondular los pliegues de su manto, aunque Joan estaba segura de que ni el más fuerte de los vendavales conseguiría arrancarle la capucha, por mucho que a ella le hubiera gustado eso. *Ojalá pudieran verle la cara.* Cuando habló, su voz se oyó como un trueno incluso desde las posiciones más alejadas, a pesar de que no había ningún dispositivo amplificador a la vista. Joan sintió un ligero estremecimiento. Calhuch estaba utilizando el poder del Lado Oscuro para conseguir ese efecto.

"Ciudadanos de Loira. Ciudadanos de los mundos bretalianos, gentes de toda la República." Joan hizo una mueca de estupor. A pesar de su volumen, la voz resultaba atractiva, convincente y llena de carismático encanto. No había ni rastro del tono cavernoso y rasposo que Joan había escuchado en su celda. La voz de Calhuch transmitía poder, sí, pero también nobleza, amabilidad e incluso ternura. Era la voz que uno esperaría en un Maestro Jedi. A excepción de Joan, todo el mundo pareció caer espontáneamente hipnotizado al oírla. De repente el dueño de esa voz no parecía un ser amenazador. Se trataba en cambio de un gran hombre, lleno de sabiduría, alguien que se preocupaba por todos, alguien en quien necesariamente había que confiar. Joan cerró los ojos y se esforzó por mantenerse libre de su influencia, concentrándose en sus propios pensamientos y aislándose del exterior como había hecho en el camino hasta allí, hasta que la voz de Calhuch fue como un eco lejano, un mero susurro que no era suficiente como para causarle efecto alguno. Pero justo cuando creyó que lo estaba consiguiendo volvieron las náuseas, y con ellas la

sensación de que intentaban entrar de nuevo en su mente, romper su resistencia y convencerla que toda oposición era fútil.

Deja de luchar, le dijeron los intrusos. *No somos tus enemigos. Únete a nosotros y serás bienvenida...*

"Noooooo...." murmuró Joan entre dientes.

"Vivimos tiempos difíciles," estaba diciendo Calhuch. "Tiempos de guerra y pesar, lágrimas y dolor. Ésta es una contienda que jamás debería haber comenzado..."

Oye su voz, le insistieron. *Escucha lo que dice. Puedes ayudar a terminar con todos esos desastres. Puedes acabar con tu propio dolor y con el de millones de seres en la galaxia. Bastará con que digas lo que te pidamos que digas y serás libre...*

"Ninguno de nosotros quiso que sucediera esto. Ninguno de nosotros deseó esta batalla absurda entre mundos hermanos que habían vivido paz durante tantos años."

Joan se resistía con toda la fuerza de su voluntad, pero por más que lo intentaba no conseguía volver a expulsar a los Jedis Oscuros fuera de su mente. Se encontraba tan agotada, tan necesitada de descanso, y sería tan fácil hacer lo que le pedían... Pero no podía hacerlo. No debía rendirse. Jamás. Joan perdió la noción del tiempo. Oía como Calhuch hablaba y hablaba mientras todo parecía dar vueltas a su alrededor.

No tengas miedo. No tienes por qué morir hoy aquí. Nosotros no queremos tu muerte. Tú no sabías lo que hacías. Nadie te guió ni te enseñó a usar tus poderes correctamente. Eras incapaz de reconocer quiénes eran realmente tus amigos. Sí, Joan. Nosotros lo somos.

"Nooo," medio pensó, medio susurró ella. "Eso es mentira. No sois mis amigos..." Estaba empezando a sudar copiosamente, aunque el bochorno reinante tenía poco que ver. Joan estaba haciendo tal esfuerzo para oponerse a Calhuch y a sus acólitos que su cuerpo, llevado hasta el límite, estaba empezando a sufrir las consecuencias. Un hilillo de sangre empezó a fluir de su nariz sin que ella lo notara siquiera.

No estamos enfadados contigo. Debes creernos. Pero debes reparar el daño que has causado, aceptar tu culpa delante de estas personas. Entonces serás perdonada y tendrás ese descanso que necesitas tan desesperadamente...

No tenía modo de saber cuánto tiempo había pasado. A ella le parecía que llevaba horas atada allí, debatiéndose para no ser sometida por Calhuch y sus discípulos, aunque seguramente apenas habían pasado unos minutos. Pero comenzaba a sentir algo nuevo. Las voces en su mente estaban empezando a volverse impacientes. Cansadas incluso. La sangre que le manaba de la nariz alcanzó su boca y el sabor salado en su lengua rompió el estado de trance en

el que se encontraba. Escuchó la voz de Calhuch con total claridad, tal y como la escuchaban las masas que abarrotaban la plaza, y decidió cambiar de táctica. Joan se concentró en esa voz e ignoró las que resonaban en su mente.

"Pero hay personas que no aman la paz," decía Calhuch. Por sus palabras, parecía estar aún en la parte inicial de su discurso, confirmando su sospecha de que en realidad había transcurrido muy poco tiempo. "Gente que no le tiene ningún respeto a la vida y que tan sólo puede concebir el universo como un lugar a ser conquistado y gobernado..."

Si parece estar hablando sobre sí mismo, pensó Joan. La ironía casi le provocó una carcajada, y eso le hizo sentirse mejor. *Eso es. Aún puedo reírme de vosotros.* A pesar del agotamiento, Joan encontró nuevas fuerzas para resistirse.

"No os dejéis engañar por su mirada inocente," dijo Calhuch señalándola por vez primera, aunque sin volverse a mirarla. "No caigáis en la tentación de sentir piedad por ella. Es joven, adorable, aparentemente inofensiva, pero es sin duda una de las criaturas más peligrosas que esta galaxia haya jamás conocido. Las argollas que la sujetan son *totalmente* necesarias, aunque puedan parecer excesivas. Todos estos soldados armados, mis compañeros Jedi y yo mismo, todo esto hace falta para poder contenerla." Un murmullo recorrió la plaza, mientras Calhuch se tomaba su tiempo antes de proseguir. Joan sintió cómo el miedo que la gente sentía hacia ella se incrementaba.

"Hace sólo dos días," continuó por fin el Maestro Oscuro, "esta mujer usó sus poderes para hacer que algunos de sus antiguos camaradas de armas enloquecieran. Aún tan lejos de ellos como se encontraba, les hizo ignorar sus órdenes, sus propios escrúpulos y cualquier sentido de la prudencia, incitándolos a lanzar un ataque suicida destinado a liberarla. Un ataque contra naves bretalianas que se encontraban desprevenidas, aquí, prácticamente en la órbita de este planeta. No le importó que aquellos a los que llamaba amigos murieran allí, y mucho menos aún el que cientos de bretalianos perdieran sus vidas en otro combate fratricida. Para ella lo único que importaba era poder escapar y continuar con su vida de crímenes."

El murmullo se convirtió en exclamaciones de sorpresa e indignación. Joan se mordió el labio inferior para no echarse a gritar. La mentira era tan grande, terrible, tan ofensiva, que sintió crecer la ira en lo más hondo de su ser. Igual que le había pasado en la celda. Eso era exactamente lo que querían. Secundado por sus dos acólitos, Calhuch estaba dispuesto a correr el riesgo de que ella volviera a hacer uso del Lado Oscuro. Para dominarla o para que se condenase a sí misma, Joan no podía saber para qué querían que lo hiciera, pero no iba a caer en la trampa. No por segunda vez. Se obligó a conservar la calma y esperar a que llegara el momento más adecuado para tratar de responderle como se merecía.

"Muchos de vosotros teníais amigos y seres queridos a bordo de esas naves. Hijos e hijas, maridos o esposas, padres y madres, hermanos,

hermanas... ¡Todos ellos han muerto por culpa de esta mujer, así que no sintáis piedad alguna hacia ella! ¡Ninguna en absoluto!"

Aquello cayó como una bomba entre la multitud. Joan no tenía modo de saberlo, pero la reciente batalla y sus consecuencias habían sido objeto de un tratamiento exhaustivo durante los últimos dos días por parte de los medios de comunicación bretalianos. Las escenas más insistentemente repetidas no habían sido las del combate en sí, por espectaculares que éstas fueran, sino las que habían sido grabadas en el mismo Loira durante las horas que siguieron. Transbordadores de la flota aterrizando en los espaciopuertos de Orliens, Compadigne y Dessex, casi siempre en medio de un silencio sepulcral roto tan sólo por el zumbido de los repulsores. Familias enteras esperando a pie de pista. Las tripulaciones de los transportes abriendo las bodegas de sus naves con gesto adusto. Gritos de dolor que se dejaban oír cuando el personal de tierra empezaba a descargar los primeros ataúdes, y más tarde, cuando los féretros eran alineados por docenas en las terminales de carga. Gente llorando y lamentándose. Una mujer de avanzada edad desmayándose, y siendo sujeta por un joven teniente de navío que no puede contener las lágrimas. Un niño pequeño llorando desconsolado, sentado en el suelo de espaldas al bullicio. Por si todo eso no bastaba, también se habían emitido multitud de escenas de dolor y de confusión grabadas en varios hospitales militares. Personas cuyos miembros amputados podían discernirse bajo las sábanas. Grupos de médicos afanándose en torno a una camilla, intentando reanimar a una joven soldado, gravemente herida, que acababa de sufrir una parada cardiorespiratoria. Un enfermero cubriendo la cara de esa misma soldado minutos después, con el sonido de fondo de los instrumentos que certificaban su muerte. Salas de espera, abarrotadas de amigos y familiares que lloraban, se abrazaban, chillaban y daban golpes en las paredes...

Todas esas imágenes habían sido vistas una y otra vez en todos los mundos bretalianos, y especialmente allí, en Loira. A menudo combinadas con grabaciones de archivo de Joan y del Canciller Carless, sonrientes y triunfales, abrazándose en el Palacio del Congreso de Alderaán.

Muchas de las personas que habían perdido familiares y amigos en la guerra, y en particular en la reciente batalla en el sistema de Loira, se encontraban allí ahora. Llorando aún, pero encontrando por fin a alguien contra quien descargar toda su rabia y desesperación. Tras la exclamación de Calhuch, la multitud volvió a gritar y a maldecir a la mujer encadenada, pero ahora lo hacían con una violencia increíble. La salvaje oleada de odio colectivo golpeó a Joan como si se tratara de un martillo gigante. Sin las argollas se habría derrumbado sobre el suelo. Era tal la injusticia. Sentía las lágrimas escocerle en los ojos y caer rodando por sus mejillas. Bajo el dominio de Calhuch, incluso esas pocas personas que habían simpatizado inicialmente con ella estaban empezando a verla ahora como el monstruo que él quería que vieran. Pero Joan no se dejó vencer por el desaliento, sino más bien al contrario. La habían empujado, encadenado, insultado, golpeado y arrastrado, habían invadido sus pensamientos y hecho todo lo posible por dejarla sin voluntad. Ahora le obligaban a oír estas horribles mentiras y la hacían víctima

del odio de billones de personas, aparte de los miles que vociferaban frente a ella. Pero no iba a rendirse sin luchar.

Después de todo, ya no tenía nada que perder.

Calhuch estaba volviéndose ahora hacia ella. Acababa de pedir silencio antes de recitar las acusaciones en voz alta, y todo el mundo escuchaba sus palabras con la mayor atención.

"Joan d'Arc, se te acusa de alta traición a la República. Se te acusa de brujería, de haber usado el Lado Oscuro de la Fuerza con el fin de obtener un poder absoluto sobre todos los seres de la galaxia..."

"¿Traición a la República?" chilló Joan lo más fuerte que pudo. Le había costado realizar un tremendo esfuerzo, pero el caso era que había conseguido acallar temporalmente las voces de los discípulos de Calhuch en su mente. A pesar de estar gritando y del silencio que se había hecho en la plaza, sólo las personas que se encontraran más cerca podrían oírla, pero el Maestro Oscuro detuvo su discurso sorprendido. "¿Ahora resulta que los bretalianos sois la República?"

"¡Los mundos bretalianos no han abandonado nunca la República!" respondió Calhuch furioso. "¡Todo lo que hemos hecho ha sido intentar devolverle la paz y el orden que se han perdido por culpa de varios gobiernos corruptos! Nosotros..."

"¿Brujería?" le espetó Joan volviendo a interrumpirle. "¿Tú, el señor de las tinieblas en persona, eres capaz de acusar a alguien de brujería?"

"¡Yo soy un Maestro Jedi!" bramó Calhuch. La insolencia de aquella chica le resultaba tan increíble, tan intolerable, que había conseguido despertar su ira. Joan descubrió que era fácil, muy fácil, provocar y sacar de sus casillas a alguien que se encontraba bajo la influencia del Lado Oscuro. Era agradable sentir que tomaba la iniciativa. Todavía tenía dentro la aborrecible sensación de tener las mentes de Calhuch y sus esbirros hurgando en su mente, *¿Le dejaría yo a Tremoulin esa misma sensación?* y todo el desprecio que sentía hacia ellos empapaba sus palabras.

"¡Muestra tu cara al público, Calhuch! ¡Quítate esa capucha y deja que todos vean las marcas que el Lado Oscuro deja en el rostro de sus servidores!"

"¡Cállate, mujer! ¿Cómo te atreves? ¿Eres consciente de que estás a punto de ser condenada a muerte?"

"¡Condenada! ¿Y cuándo es el turno de la defensa? ¿Dónde están mis abogados? ¿Qué clase de tribunal es éste? ¿Es esta la justicia que reciben los ciudadanos bretalianos?" Muchos de los que se encontraban en las primeras filas y por tanto podían oírla, empezaron a gritar y a abuchearla de nuevo. No querían escucharla, y mucho menos admitir que pudiera haber alguna posibilidad de que ella fuera inocente. La gran mayoría ya estaban convencidos

antes de llegar allí de que Joan era culpable y debía morir por ello, y eso era lo que habían venido a ver. Calhuch no había hecho sino reforzar ese pensamiento que ya estaba ahí. Pero no obstante, los bretalianos se consideraban a sí mismos un pueblo civilizado, a pesar de su notable belicismo. De hecho, y tal como el discurso de Calhuch había dejado bien patente, el Consejo Bretaliano les había vendido esta guerra como una lucha contra la corrupción generalizada en la República. Es decir, querían que los bretalianos pensarán que tenían la razón y la ley de su parte. Aunque compartieran el deseo de que Joan fuera ejecutada, algunos entre los asistentes empezaron a expresar en voz alta su opinión de que la mujer tenía razón en ese aspecto concreto. Aunque se tratara sin duda de una criminal espantosa, tenía que tener una defensa, aunque sólo fuera por respeto a las normas. Los bretalianos no eran unos bárbaros. Las discusiones en esas primeras filas empezaron a extenderse por la plaza. Calhuch se encontraba tan cegado por la furia, que no terminaba de darse cuenta de que su control sobre las multitudes empezaba a resquebrajarse.

"¡No hay defensa posible para alguien como tú!" le gritó Calhuch a Joan. Su voz se llenó de odio y de amenaza. Ésa era la voz que Joan conocía, repelente y aterradora, carente por completo del encanto que había transmitido el Maestro Oscuro al dirigirse al público. Todos los presentes en aquella plaza pudieron escucharla, y fueron muchos los que sintieron un repentino escalofrío. El hechizo se rompió del todo. Tanto que los más escépticos respecto a la Fuerza y a la religión construida en torno a ella sintieron renacer sus dudas, y se asombraron por lo que Calhuch había proclamado tan sólo un minuto antes. ¿Cómo era posible que aquella chiquilla hubiera sido capaz de provocar una batalla estando encerrada e incomunicada en su celda? Algunos de los que sí eran creyentes empezaron a preguntarse, asustándose de sus propios pensamientos, si no serían ciertos los rumores que habían comenzado a circular, comentados siempre en voz baja, y a pesar de la campaña lanzada por los medios de comunicación. ¿Y si el Maestro Jedi Calhuch era en realidad un Jedi Oscuro, y Joan d'Arc era en cambio una autentica Dama Jedi?

Joan podía sentir claramente cómo crecía la confusión, y con qué rapidez lo hacía. De repente, se le había presentado una oportunidad, si no para salvarse, al menos sí para sabotear los planes de Calhuch y los suyos. ¿Podía ser ésta su verdadera misión desde el principio, la razón para que un Maestro Jedi muerto hacía miles de años la hubiera empujado a abandonarlo todo y embarcarse en la cruzada contra los bretalianos? Casi sin poder creer lo que estaba sucediendo, insistió en el acoso a Calhuch. El saber que estaba consiguiendo algo imprimió firmeza a su voz. "¿Son esas las leyes de la República a la que dices pertenecer, o sólo las de los mundos bretalianos? ¿En qué otro lugar se puede juzgar a alguien sin permitirle que se defienda?"

Los murmullos entre el público se hicieron más notables, a medida que los que estaban más cerca les contaban a los de atrás lo que estaba sucediendo. Desde su posición al otro lado de la plataforma, el general Bedenford miraba al Maestro Oscuro con un gesto de aversión en la cara. También él había quedado libre de la influencia de Calhuch, aunque el militar ni siquiera era consciente de haber estado sometido a ella. Bedenford sabía, o creía haber

sabido, desde el principio que sería un error llevar a cabo esta farsa de juicio, y así se lo había hecho saber a Borgonne y a Tremoulin. Qué listos habían sido esos dos quitándose de en medio. Bedenford había intentado hacer cambiar a Calhuch de idea, pero de algún modo fue él quien se dejó convencer. ¿Cómo era eso posible? Bedenford era de los que no creían en la Fuerza, ni en nada que no pudiera comprobar con sus propios ojos. Para él, las acusaciones efectuadas contra Joan d'Arc eran una soberbia estupidez, pero si con ellas se conseguía neutralizar el prestigio de la joven entre las fuerzas armadas republicanas e inflingirles un golpe mortal en su moral, él al menos no tenía nada que objetar. Joan d'Arc le había causado un sinfín de problemas. Desde que ella apareció en escena, y sin razón aparente, las tornas empezaron a cambiar en lo que hasta entonces había sido para él una campaña triunfal. Tenía tantas ganas como Calhuch de librarse de ella, pero él hubiera elegido hacerla desaparecer en silencio, sin estruendos, y dejar que la gente se olvidara de Joan d'Arc y de todas las historias que se habían fabricado en torno a ella. Pero ese... estúpido Jedi había insistido. Estaba tan seguro de sus poderes que se había creído que él solo podría convencer a la galaxia entera de que Joan d'Arc era una criminal, una malvada Jedi Oscura. A ella le había bastado con provocarle un poco, y Calhuch había caído del todo en la trampa, demostrando con ello una falta absoluta de autocontrol. Esta multitud vociferante no era importante. De un modo u otro, podrían ser acallados, siempre que lo que estaba pasando no saliera de Loira. Pero si el resto de la galaxia tenía oportunidad de ver el circo de tres pistas que había montado Calhuch, el efecto sería exactamente el contrario al que se pretendía. Había que evitarlo a toda costa. Bedenford hizo una señal a uno de los oficiales de su escolta para que se acercara, y le dio instrucciones para que se desactivaran todos los dispositivos de grabación, especialmente las cámaras, utilizando contramedidas electrónicas o arrancando los cables de alimentación si era preciso. Quizá estuvieran a tiempo aún de minimizar los daños que el loco de Calhuch estaba a punto de causar.

El Maestro Oscuro todavía estaba intentando recobrar el mando de la situación. Se daba cuenta de que una minoría de personas se le habían empezado a escapar, pero aún así había conseguido encender el odio de la mayoría contra la joven. Ese mismo odio que le daba fuerzas a él, a ella tenía que estar afectándola de forma terrible. Tendría que rendirse más pronto o más tarde. Dos veces había conseguido rechazar a sus acólitos, pero sin duda no lo conseguiría una tercera. Mientras tanto, el tendría tiempo de volver a atraerse a la multitud.

"Di lo que tengas que decir, Joan d'Arc." *Atacadla ahora.* "Puedes ser tu propia defensa, si eso es lo que quieres. Pero lo mejor sería que admitieses libremente tu culpa ante este tribunal." La voz de Calhuch había vuelto a cambiar, recuperando el tono amable con el que había encandilado a las masas. "En ese caso, aún podrías encontrar misericordia..."

"No he cometido crimen alguno, Calhuch," gritó Joan interrumpiéndole una vez más. No podía permitir que el Maestro Oscuro recuperara su dominio sobre la gente, pero al mismo tiempo sentía cómo los dos servidores de Calhuch comenzaban una nueva embestida. No creía ser capaz de resistírseles por

mucho tiempo. "Soy inocente de esas imputaciones sin sentido. He servido a la República honestamente y jamás he usado para ello el Lado Oscuro de la Fuerza. Ni siquiera me considero una Jedi. Aunque me lo hayan llamado muchas veces, nadie puede decir que me haya oído presumir de serlo..." Ya no pudo decir nada más. La presión acababa de hacerse insoportable. Los Jedi oscuros intentaban obligarla a obedecer a Calhuch y admitir todo aquello de lo que se la acusaba. El odio hacia ella de tantas y tantas personas, transmitido y amplificado por el propio Calhuch a través del Lado Oscuro de la Fuerza, desbordaba ya las defensas que con tanto esfuerzo había erigido. Joan cerró los ojos y apretó los dientes, experimentando un sufrimiento cada vez mayor, pero a pesar del dolor sabía que había ganado la batalla. Este juicio tan sólo tenía sentido dentro de la mente enferma de Calhuch. Para cualquier otro ser inteligente y libre de su influencia, tenía que resultar una aberración. Para eso servirían las cámaras al fin y al cabo. Aunque la gente que se apiñaba en aquella plaza la condenaran, nadie que no se encontrara allí en ese momento le prestaría credibilidad alguna a semejante proceso. Incluso si la obligaban a confesar antes de matarla, el germen de la duda ya estaba implantado entre los propios bretalianos.

Calhuch se había destruido a sí mismo.

El Maestro Oscuro comprendió esa misma verdad casi al mismo tiempo que Joan. *Dejada en paz*, le ordenó a sus acólitos. La voluntad de la joven era demasiado fuerte. Podrían obligarla a callar, como ya habían hecho, pero les sería muy difícil hacer que se admitiera culpable de nada, y mucho menos aún que entrara en el Lado Oscuro como él había planeado. Hasta ese instante lo había creído posible. Con la ayuda de sus acólitos, estaba seguro de haberla podido dominar. Y qué espectáculo habría sido ése. Joan d'Arc liberándose de sus argollas y enfrentándose a ellos, ante los gritos asustados de la multitud. Calhuch y sus seguidores uniendo sus fuerzas para someterla, y finalmente acabar con ella. Cómo les hubieran aplaudido. Hasta el mismísimo Consejo Jedi, pobres ignorantes, le habría felicitado cuando las imágenes llegaran hasta Coruscant. Y qué rápido hubiera caído la República después de eso...

Pero nada de eso iba a suceder. Al mirar a su alrededor, Calhuch vio a las masas gritando *bruja, bruja, bruja*, pero el clamor no era completamente unánime. Aquí y allá se veían personas en silencio. Personas que sentían miedo.

Miedo de él.

Al igual que Joan y el propio general Bedenford habían hecho, Calhuch llegó a la conclusión de que este juicio no sólo no le serviría para lograr sus fines, sino que habría de volverse finalmente contra él. Loira celebraría este día, sí, pero en el resto de la galaxia la pérdida de Joan d'Arc sería llorada. Incluso por muchos bretalianos. El antiguo Jedi miró fijamente a la mujer encadenada y una nueva ola de cólera y rabia lo invadió. Ella era todo lo que él no había sido. La habían empujado más allá de cualquier posible resistencia pero aún así ella había rechazado escoger el camino fácil, el único que podría salvarla, entrar en

el Lado Oscuro. Aquella chica había tenido el valor que él no había tenido ni tendría jamás, y Calhuch la odió más aún por eso.

Joan d'Arc tenía que morir. Ahora.

"Te niegas a aceptar tus faltas e insistes en intentar confundirnos con tus palabras retorcidas." rugió Calhuch, agarrándose a su papel de juez y a la imagen que tenía de lo que debería haber sido este momento. "Pero los poderes que obtienes del Lado Oscuro de la Fuerza no serán suficientes para derrotar a tres auténticos Caballeros Jedi." Las otras dos figuras se pusieron de pie y avanzaron hasta situarse a ambos lados de Calhuch. "Constituyes una ofensa para la Orden de los Jedi y para la República a la que engañaste, ¡pero tú y tu maldad vais a ser destruidas por el poder de la Luz!"

Joan sintió un momento de debilidad. Comprendió que, ahora sí, estaban a punto de matarla. Había creído estar preparada para afrontar ese momento, pero lo cierto fue que sintió el miedo a la muerte como nunca antes lo había hecho. Sentía el odio de Calhuch como una garra, tan sólida como si estuviese hecha de acero, intentando estrangularla. Sus dificultades para respirar no tenían ahora nada que ver con las argollas. Joan pensó en Tobb. ¿También él habría sabido con la misma certeza que iba a morir? ¿Pensó en ella en ese momento fatal como lo estaba haciendo ella en él ahora? La mente se le llenó de imágenes y sentimientos del año que habían pasado juntos, junto con recuerdos de lo que había sido su vida antes de irse de Gerillia. Sus padres. Los amigos que tuvo. Los niños a los que les contaba cuentos. Todo pasó ante sus ojos como si fuesen las hojas caídas de un millar de árboles a las que un ciclón arrastrara, visibles sólo por un instante antes de alejarse para siempre. Tras su paso, Joan sintió que había merecido la pena. Había vivido, y lo había hecho intensamente. Ahora tenía que enfrentarse al último sacrificio, pero también eso pasaría. Joan se refugió lo mejor que pudo en la Fuerza, intentando encontrar el valor dentro de ella. Al hacerlo, descubrió que cada palabra que le había dicho a Yoda el día anterior seguía siendo la verdad. Estaba orgullosa de sus actos, y se encontraba dispuesta para seguir a Tobb y a los que habían sido sus compañeros de lucha en su último viaje.

Yoda tenía razón. Después de todo, quizás sí que soy una Jedi.

El miedo desapareció tan de repente como había venido. Joan levantó la cabeza y miró a Calhuch a los ojos. Sus labios se curvaron hasta formar una sonrisa de desafío.

Los Jedis Oscuros alzaron las manos hacia ella de forma amenazadora. Durante un breve instante pudo ver los rostros terriblemente desfigurados del que fuera Maestro Jedi y de sus dos discípulos, mostrando lo que el Lado Oscuro había hecho de los hombres que una vez habían sido. Aunque se negaran a admitirlo, habían sido destruidos. Joan les envió un pensamiento de misericordia, permitiéndoles verse como ella los veía. La sorpresa y la confusión se reflejaron en la expresión de los dos acólitos, pero sólo durante un instante. El odio de su Maestro también era su odio, y Joan se dio cuenta de que todos ellos, no sólo Calhuch, estaban más allá de cualquier esperanza de

redención. De repente, esbozando una sonrisa cruel mezcla de maldad y de locura, el Maestro Oscuro empezó a disparar relámpagos de energía azulada por las puntas de sus dedos, doblados de forma extraña como si fueran garfios, y sus dos seguidores le imitaron. Todo el poder del Lado Oscuro cayó de golpe sobre ella.

Joan gritó presa de un dolor absolutamente insufrible...

Avalancha sintió que era arrancada fuera del cuerpo de Joan. Comprendió que lo que ahora veía no era a través de sus ojos, sino a través de los de algún otro de los presentes. La energía que manaba de las tres figuras encapuchadas crecía y crecía en intensidad, haciendo que el cuerpo de la mujer encadenada sobre el estrado se retorciera ferozmente. El mismo cuerpo que hasta hacía un instante Avalancha había sentido como si fuera el suyo propio. Avalancha quiso gritar aunque no podía hacerlo. Parecía imposible que alguien pudiera resistir semejante sufrimiento. Sólo las argollas que la sujetaban evitaban que Joan se desplomara sobre el suelo. Terribles descargas azuladas se abatían sobre ella y envolvían su cuerpo, como si una tormenta eléctrica se estuviera cebando con ella. Su carne y su ropa estaban empezando a quemarse, dejando escapar hilillos de humo blanco. El aire olía intensamente a ozono. Los gritos de Joan se escucharon desde cada rincón de la atestada plaza. Ese sufrimiento extremo era lo que aquella gente había venido a ver, lo que habían exigido a voces, pero ahora fueron muchos los que prefirieron no contemplar aquel castigo inhumano, aquella tortura implacable. La mayoría intentaba mirar hacia otra parte, o simplemente cerraban los ojos. Muchos se cubrían las orejas con las manos para no oír los gritos. Tan sólo los espectadores más morbosos, y algunos de aquéllos que habían perdido a alguien en la guerra y realmente querían creer las acusaciones de Calhuch, aguantaron mirando el macabro espectáculo sin pestañear.

De repente, entre sus lamentos de dolor, la voz rota de Joan pudo ser oída claramente por sus asesinos.

"¡Aunque me matéis ahora, ya habéis sido vencidos!"

Lo que quedaba de su traje de vuelo cayó al suelo, vacío del cuerpo que había contenido. Los tres Jedis Oscuros continuaron alimentando la tormenta de energía durante algunos instantes más antes de darse cuenta de lo que había sucedido. Calhuch fue el primero en parar.

"¡Basta, detenéos!" exclamó con una voz que era toda incredulidad y sorpresa. "¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado?"

Nadie le respondió, pero tampoco esperaba que nadie lo hiciera. Calhuch caminó con cautela hacia el lugar en el que Joan se había encontrado un instante antes. Allí sólo quedaban la barra de sujeción con las argollas colgando, aún cerradas, y un montón de ropas humeantes en el suelo. Calhuch rebuscó entre los harapos. No quedaba nada, absolutamente nada, del cuerpo

de la muchacha. Sencillamente no podía entenderlo. Eso era imposible. Bedford y los otros dos bretalianos se pusieron también en pie. Alrededor de la plataforma, la gente se esforzaba por ver lo que estaba ocurriendo. A medida que se iba corriendo la voz de que el cuerpo de Joan d'Arc había desaparecido, por todas partes se empezaban a oír exclamaciones de sorpresa. En los confines de la inmensa muchedumbre, junto a los soportales que daban acceso a uno de los edificios que rodeaban la plaza, un pequeño ser de piel verdosa y orejas puntiagudas había visto todo cuanto había sucedido subido al techo del mismo vehículo de superficie que había traído a Joan hasta allí, sin que nadie, ni siquiera los soldados que custodiaban el vehículo, hubiera reparado en él hasta ese momento.

"Es esta la manera en la que un auténtico Jedi muere," dijo en voz alta. Las personas que se encontraban alrededor alzaron la vista al oírle, descubriendo su presencia por vez primera. Muchos de ellos recordarían después esas palabras y se preguntarían quién era aquella criatura.

"Pero un Jedi nunca realmente muere." añadió mientras bajaba hasta el suelo y se perdía entre la multitud, sin que nadie intentara detenerle.

Avalancha tuvo una última visión de los soldados bretalianos intentando obligar a la gente a apartarse de la plataforma, mientras Calhuch permanecía allí arriba sosteniendo entre sus manos la ropa de Joan. Entonces se vio rodeada de nuevo por la oscuridad.

¿Joan? la llamó con su mente.

Tranquila. Sigo estando contigo.

Yo... veía por tus ojos, y de pronto...

No podía dejar que sintieras lo que yo sentí en esos últimos instantes.

Todo esto ha sido... muy extraño. Recuerdo haber oído algo, cuando aún estaba en el colegio, acerca de una Dama Jedi llamada Joan d'Arc, pero a estas alturas pensaba que era... eras, una leyenda, no una persona real. Tendrás que perdonarme...

No tienes por qué disculparte. Ochocientos años es mucho tiempo, decenas de generaciones en lo que respecta a los humanos, y hay billones en la galaxia. ¿Por qué debería yo ser recordada, cuando tantos otros son olvidados? Pero es verdad que una vez viví, luché y morí por lo que creía. Todo cuanto te he mostrado sucedió realmente. Era importante que lo compartiera contigo y que no te ocultara nada, pero ahora debes volver.

¿A dónde? ¿Qué es lo que me ha pasado?

Estabas herida, pero tu cuerpo ya está curado. He conseguido acelerar el proceso.

Pero, ¿por qué? ¿y por qué a mí?

No hay tiempo para más. Ahora debes tomar tus propias decisiones. Utiliza la Fuerza, Sherry. Tú también eres sensible a ella.

Avalancha quiso hacer más preguntas, pero ya no pudo hacer ninguna. Las sombras que la rodeaban se desvanecieron y todo se llenó de luz. Por un momento, vio su propio cuerpo tendido sobre una litera, conectado a varios dispositivos. Una mujer vestida con un traje del vuelo anaranjado estaba sentada a su lado, mirándola. Avalancha reconoció a Ángel.

Capítulo III

Chistes estaba entrando en la enfermería cuando vio a Ángel levantarse de golpe, como si acabara de recibir una descarga eléctrica. Chistes se sobresaltó.

"Ángel, ¿qué...?"

"¡Chistes, corre, se está despertando!"

La piloto se abalanzó hacia la camilla sobre la que se encontraba Avalancha. El androide médico ya estaba allí, comprobando las lecturas de los diversos monitores.

"La comandante Krenzel ha vuelto a parámetros de actividad cerebral normales," anunció el 2-1B, moviendo la cabeza de un lado a otro, en lo que podría pasar por una genuina expresión de robótico asombro. Su programación no dejaba lugar para los milagros, pero no había nada en su base de conocimiento que le permitiera explicar lo que estaba viendo. Chistes, aliviada hasta el punto de recuperar de golpe su habitual buen humor, se echó a reír al verlo.

"¿Has visto a este...?"

"Hay que avisar a Llamarada," dijo Ángel sin escucharla.

"¡Tienes razón!" exclamó Chistes olvidándose de lo que iba a decir. La piloto se acercó a un terminal de comunicaciones y abrió un canal con el puente. "¿Llamarada? ¡Ven ahora mismo a la enfermería y llama a todos de camino! ¡Avalancha ha salido del coma!"

[Transporte imperial acercándose a KS-31]

Psico puso en marcha los motores sublumínicos y echó hacia atrás la palanca del motivador de salto, desactivando así el hiperimpulsor apenas un segundo antes de que la computadora de vuelo lo hiciera por sí misma. La nave volvió al espacio normal haciendo la transición con gran suavidad. Era mejor no llamar la atención más de la cuenta. Las estrellas volvieron a ser visibles a su alrededor. El leve resplandor que entraba por la parte derecha de la cabina le hizo saber, sin volverse a mirar, que Las Fauces seguían allí. Enfrente podía ver una media luna gris. KS-31. Las luces de navegación, rojas y naranjas, de docenas de naves destacaban a su alrededor. Sobre la parte visible del planeta, la pálida luz del sol de Kessel, sólo un poco más intensa que la que procedía de Las Fauces, iluminaba también la silueta de un destructor estelar clase Imperial II.

"Me voy a arrepentir de esto..."

Psico calculaba que le quedaba menos de un minuto antes de ser interceptado por los cazas de perímetro, y no creía que sus pilotos se mostraran demasiado amistosos al interrogarle. *Con las ganas que tienen esos de darle al gatillo...* Lo único inteligente que podía hacer - tras hacer algo tan poco inteligente como volver a ese lugar - era intentar ir un paso por delante de las cosas. Psico seleccionó una de las frecuencias imperiales estándar y activó la unidad de comunicaciones.

"Control de flota, éste es el transporte Ballard Dos informando de su entrada al sistema."

La respuesta no se hizo esperar. "Ballard Dos, éste es el destructor estelar *Senderis*. No hemos recibido comunicación sobre su llegada. ¿Puede decirme qué está haciendo aquí?" La voz sonaba llena de sospecha, pero eso no significaba nada todavía. Los controladores imperiales sospechaban siempre por norma de cualquier señal que apareciera sobre sus pantallas.

"Salí de aquí hace tres horas con una carga de toberas de dirección y paneles de refrigeración para el nuevo TIE. Mi destino era el astillero orbital de Sistemas Sienar en el sistema de Thoriam, pero en mi segundo punto de salto me estaba esperando el destructor estelar *Asolador*." Psico cruzó los dedos, consciente de que se la estaba jugando. La última vez que vio una mención a esa nave en un informe de Inteligencia, la situaban en Balmorra, a varios sectores de distancia. *Ojalá siga estando muy lejos de aquí en este momento...* "Se hicieron cargo de los componentes que llevaba y me dieron nuevas órdenes. Debía reunirme aquí con la fragata *Vigilante*."

La línea quedó en silencio por unos instantes. Psico sabía que ahora mismo estarían intentando comprobar su historia. Se preguntó qué posibilidades tenía de darse la vuelta y salir de allí a toda velocidad, en el caso de que le hubieran descubierto. La pantalla sensora frontal registraba cuatro Interceptores TIE aproximándose a su posición. *Ninguna, no tendría ninguna posibilidad.* Psico se puso tenso al escuchar de nuevo la voz del controlador.

"No sé nada sobre la situación del *Asolador*, pero la *Vigilante* aparece como desaparecida en el registro de la Flota."

¡Oh, mierda...! "Eso tiene que ser un error, señor," dijo Psico mientras pensaba desesperadamente. *Espere, ha dicho desaparecida, no capturada.* "Por lo que me contaron a bordo del *Asolador*, durante el tiempo que se tardó en transferir mi cargamento, la *Vigilante* fue una de las naves que destruyó a ese crucero rebelde, el *Alegre Jack*, poco antes de que nos atacaran aquí. Eso fue en este mismo sector, hace poco más de una semana. ¡Si hasta me pidieron que les felicitara..." *Ahora sí que me he jugado la última carta.* Pocos días antes de la incursión contra la cadena de montaje de los *Lanzamisiles*, el *Alegre Jack*, nave nodriza del escuadrón Azul y temporalmente también del Blanco, estuvo a punto de ser destruido al ser localizado por varias naves imperiales mientras se encontraba esperando a recibir las coordenadas de la fábrica. El ataque fue rechazado, pero el veterano crucero quedó tocado y su

presencia en el sector comprometida. Al capitán del *Alegre Jack* se le ocurrió la feliz idea de simular que la nave había sido destruida. Hizo desmontar varias placas del blindaje exterior, un par de baterías láser que habían quedado inservibles, y todo aquello de lo que la nave pudiera prescindir. En total se dejaron flotando en el espacio varias toneladas de material procedente del crucero, después de dispararle unas cuantas ráfagas para simular que se habían desprendido a causa de explosiones o impactos, confiando en que los imperiales encontrarán los restos y pensarán que el *Alegre Jack* había terminado desintegrándose. Todavía estaban en ello cuando apareció la *Vigilante* y se le echaron encima antes de que tuviese ocasión de escapar. Psico no sabía nada más. Esa fue la última información que él y su equipo recibieron en Nar Shadaa, justo antes de que él se introdujera en el transporte que habría de conducirlo a KS-31.

El controlador guardó silencio de nuevo. Durante demasiado tiempo. Psico estaba empezando a sudar. Ante sus ojos, el indicador de amenaza comenzó a parpadear: los Interceptores le tenían a tiro y le estaban apuntando. El transporte estaba armado con dos cañones láser bajo el morro y dos lanzadores de torpedos de protones, pero jamás conseguiría moverse lo suficientemente rápido como para derribar a esos cazas antes de que ellos acabaran con él. Su única esperanza era haber confundido lo suficiente al controlador del *Senderis* como para que aceptara la historia que le había contado.

"No sé que hacer con usted, Ballard Dos," dijo por fin la voz del controlador. "El *Alegre Jack* sí que aparece en el banco de datos como destruido," *Así que encontraron los restos después de todo...* "pero no tengo el informe completo de la operación en la que sucedió."

Los de Inteligencia Imperial deben estar aún recopilando datos. "¿El informe, dice?" preguntó Psico intentando que se notara el sarcasmo en su voz. "Si me permite decirlo, lo cierto es que jamás me he encontrado con un burócrata que se diera prisa en escribir un informe e introducirlo en la red de datos..."

A través del intercomunicador se pudo escuchar claramente la risilla del controlador. "Está bien, Ballard Dos. Mantenga su posición actual hasta que llegue la *Vigilante*. Comprobaremos esto con su capitán."

"Así lo haré, *Senderis*. Ballard Dos fuera." *Al menos hemos ganado algo de tiempo.*

"Hola de nuevo, Ballard Dos. Aquí Delta Uno." Psico sonrió. Había sido interceptado por segunda vez en el día por el mismo grupo de Interceptores.

"Me alegro de veros, Delta Uno. No me puedo creer que todavía estéis de servicio." *Tal vez si les consigo caerles simpático, no me dispararán luego todos al mismo tiempo...*

"Yo tampoco, pero ya nos queda poco tiempo. Nos relevarán en veinte minutos. Veo que tú sigues montado en el mismo trasto."

"Así es, pero mira, yo al menos puedo hacer algo con este trasto que tú no puedes hacer con tu precioso Interceptor."

Psico escuchó resoplar al piloto. "¿Y qué cosa es esa, si no te importa que te lo pregunte?"

"Pues resulta que ahora mismo estoy *de pie*, con una taza de café de Corellia en una mano, y un trozo de pastel casero en la otra."

Los pilotos imperiales se rieron a carcajadas con aquel viejo chiste, que al parecer era nuevo para ellos. Evidentemente, si había de algo de lo que se podía disponer a bordo de un transporte, pero jamás a bordo de un caza, era de espacio para moverse. Psico le había oído hacer esta misma gracia a más de un piloto de transporte de la Alianza mientras hablaba en vuelo con los pilotos de su escolta.

"Eres un tipo simpático, Ballard Dos," dijo Delta Uno. "Cuando terminemos aquí intenta visitar la cantina del *Senderis* y pregunta allí por el teniente Hagger. Te invitaremos a algo."

"¡Muchas gracias, teniente! No me lo perdería por nada."

"Ya nos veremos entonces, colega. Delta Uno fuera."

Los Interceptores TIE se alejaron a toda velocidad, y con ellos parte de la tensión que Psico sentía. *Estoy hecho un actorazo*. Psico estiró las piernas y se recostó en el asiento con la manos bajo la cabeza. Ahora todo lo que podía hacer era esperar.

[Superficie de KS-31]

La mayoría de los habitantes de la colonia se encontraban alrededor de Alvar Parix, congregados en mitad de lo que podría pasar por la plaza mayor del asentamiento, y que en realidad no era más que un claro entre el abigarrado conjunto de habitáculos blancos y grises.

Los colonos vivían en módulos prefabricados hacía más de sesenta años, antes de que las guerras Clon interrumpieran el proceso de colonización de la galaxia por casi dos décadas. Los promotores de la colonia en KS-31 los habían adquirido a precio de ganga en una subasta, y se los habían vendido a sus clientes, considerablemente más caros, hacía algo más de diez años. Los que iban a convertirse en pobladores de KS-31 procedían en su mayor parte de Ord Mantell y Abregado Rae. Se proponían cultivar toda una gama de productos vegetales cuyo crecimiento era sólo posible en lugares con baja gravedad, como era el caso del hasta entonces olvidado planetaide. La única alternativa para producir, por ejemplo, berenjenas de Hotch o alubias gigantes,

era hacerlo a bordo de instalaciones espaciales con gravedad artificial, pero de hacerlo así los costes superarían con mucho a los beneficios. Eso hacía que esos productos fueran bastante escasos en el mercado. Los colonos esperaban haberse instalado en dos años, y obtener las primeras cosechas en tres. Después contaban con poder venderlas a buen precio en una docena de mundos del Anillo Medio, aunque el hecho de que sus potenciales clientes tuvieran que desplazarse hasta allí para recoger sus pedidos limitaría las ganancias al principio. Más adelante, esperaban poder permitirse el adquirir sus propios cargueros, o bien alquilar los servicios de alguna compañía de transportes. Al enfrentarse a la realidad de KS-31, las cosas resultaron ser mucho más difíciles de lo que habían previsto, y muchísimo más de lo que los promotores habían anunciado. Tal y como se les había asegurado, el planeta había pasado por un intento de terraformación varios siglos antes, pero el éxito de la empresa fue sólo parcial. Efectivamente, había vegetación suficiente como para que la atmósfera fuera respirable por especies humanoides, pero era tan tenue que uno se agotaba al hacer el menor ejercicio. No iba a ser fácil trabajar allí, a menos que dispusieran de equipos de respiración asistida. Buena parte de los ahorros de la colonia fue empleada en conseguir algunos de estos equipos en el cercano Kessel, lo más lejos que se atrevían a ir con la decrepita lanzadera que era su único medio de transporte al exterior. Los excedentes de la prisión les fueron vendidos a precio de oro, lo que hizo que muchos maldijeran al Imperio, sin saber que éste les deparaba aún males mucho mayores. Cuando las autoridades de Kessel informaron que KS-31 volvía a estar poblado, eso despertó el interés de los prospectores de Palpatine. Los colonos apenas llegaron a producir nada en KS-31 antes de que las tropas de asalto cayeran sobre ellos.

Más de ocho años después, acababan de verlos marcharse, y sin embargo parecía que no podían aún sentirse a salvo. El relato de Alvar fue recibido con expresiones sombrías. Si bien era evidente que los imperiales estaban abandonando sus instalaciones, los comentarios de los dos soldados acerca de "fuegos artificiales" no podían presagiar nada bueno. No obstante, había opiniones enfrentadas acerca del auténtico significado de esa expresión, y del modo en que les afectaría a ellos.

"Puede que estén a punto de participar en una batalla, muy lejos de aquí," propuso Tol Finemar, uno de los colonos de mayor edad, y también uno de los que más fervientemente se aferraba a los sueños de prosperidad que le llevaron allí. "Son soldados. Les gusta pelear mucho más que vigilar fábricas. Es normal que estén contentos de irse. Esos fuegos pueden ser cualquier cosa, no tienen por qué tener nada que ver con nosotros."

"No, van a volar los restos de las cadenas de montaje, estoy seguro," dijo Bail Morona, el hombre que se encargaba de pilotar la lanzadera de la colonia hasta que el Imperio la requisó.

"Pero no necesitarían a esos dos monstruos para eso," intervino Rodelia Hantes, que se había especializado en la reparación de la maquinaria agrícola antes de que todo el mundo fuera obligado a trabajar en la fábrica. Rodelia

señalaba las formas siniestras de los destructores estelares, claramente visibles en ese instante por encima de sus cabezas.

"¿Insinúas que también quieren acabar con nosotros?" preguntó Bail Morona volviéndose alarmado hacia ella.

"Hemos visto lo que construían allí, ¿no es así? Quizá no quieran que se lo contemos a nadie."

"¡Todo eso es absurdo!" exclamó Tol Finemar.

"Puede que sí," dijo Alvar, "pero la misma idea se me ha ocurrido a mí. En cualquier caso, estoy seguro de que corremos peligro. Aunque su objetivo sea la fábrica y sólo la fábrica, estamos demasiado cerca de ella. Deberíamos salir de aquí cuanto antes, todos juntos, y poner tanta distancia como sea posible entre nosotros y la fábrica."

"¿Y qué pasa con nuestras casas, chaval? ¿Y el equipo de cultivo? ¡Todo lo poco que tenemos está aquí, no podemos dejarlo atrás como si nada!"

"Si no sucede nada," respondió Alvar intentando no perder la calma, "volveremos tan pronto como esas naves se hayan marchado."

"El chico tiene razón," dijo Lorga Parix, el padre de Alvar, que hasta ese momento se había mantenido en silencio. "Ahora son nuestras propias vidas, y no las casas o el equipo, lo que deben preocuparnos. Vamos, Alvar. Tu madre está en casa, dándole de comer a Trinia."

"Nosotros también nos vamos," dijo Rodelia Hantes mirando a su marido, que asintió con la cabeza.

Uno tras otro, al final todos los colonos estuvieron de acuerdo en seguir a los Parix. Incluso aquéllos menos convencidos, como era el caso del testarudo Tol Finemar, tuvieron que reconocer que no se perdería nada por dejar la colonia temporalmente, aparte de darse una caminata. Decidieron llevarse algo de comida y agua, además de las inevitables mascarillas respiratorias, y ponerse en marcha lo antes posible.

Capítulo IV

[A bordo de la fragata *Vigilante*]

"¿Estás bien?" preguntó Lllamarada, cuyo rostro reflejaba a la perfección el estado de ánimo en el que se encontraba, a mitad de camino entre el alivio y la perplejidad. "¿Bien de verdad?"

"Sí, Avery, estoy bien. De verdad." Avalancha seguía tumbada sobre la camilla, pero el 2-1B le había quitado ya la máscara de oxígeno y los sensores médicos. Aceptando al fin la recuperación de su paciente, el androide la ayudó a incorporarse y se retiró agitando todavía la cabeza. "Estoy simplemente un poco desconcertada, pero..." Avalancha dejó el final de la frase en el aire al venirle a la mente un pensamiento súbito. Todos los pilotos que habían acudido a la enfermería al escuchar la noticia se le quedaron mirando con aprensión, como si temieran que su comandante fuera a derrumbarse de nuevo. "Los colonos," dijo Avalancha sin mirar a nadie en particular. "Se trata de los colonos. ¿Qué otra cosa si no?"

"Todavía deben estar vivos," respondió Lllamarada tras lanzarle una mirada fugaz a Chistes, que se encogió de hombros. "Pero si la información que filtró Psico es correcta, apenas les quedan un par de horas."

Avalancha asintió. Era esto. Ésta tenía que ser la razón por la cual Joan d'Arc había vuelto desde donde quiera que estuviera, salvándola y mostrándole lo que habían sido su vida y su sacrificio final. Quizá los colonos de KS-31 fueran sólo unos cientos, mientras que Joan había luchado para liberar a mundos enteros, pero la injusticia que padecían era aún mayor, puesto que después de haber sido esclavizados, ahora iban a ser asesinados. Ella había sabido todo el tiempo lo que debía hacer, pero no se atrevía a dar el paso. Era tan grande el riesgo y tan pocas las posibilidades de éxito... Pero ahora, después de haber estado en la piel de Joan y ver lo que ella vio, ya no podría seguir ignorando lo que le decía el corazón.

"Nos hemos estado preparando para un posible intento de rescate," continuó Lllamarada, sin saber muy bien qué deducir del silencio reflexivo de Avalancha. Ella la miró a los ojos, sintiendo que el corazón le latía con más fuerza. "Todo el plan está basado en la posibilidad de hacer creer a los mandos de la flota enviada a KS-31 de que ésta sigue siendo una nave imperial, y de que tenemos una misión que cumplir allí. El hardware de identificación amigo-enemigo de la fragata se ha instalado de nuevo, y tenemos dos lanzaderas en estado de uso. Víbora encontró cuatro Interceptores TIE en el hangar secundario. Cree que podríamos usarlos para simular una escolta y añadir verosimilitud a nuestra actuación, pero aún así..."

Lllamarada dejó sin terminar la frase. Avalancha lo hizo por ella. "Aún así es casi imposible que consigamos engañar a los imperiales por mucho tiempo." Lllamarada asintió en silencio. "Sé lo que quieres decir. Tarde o temprano tendrían que darse cuenta de que no somos lo que decimos ser." Avalancha no

necesitaba añadir que, cuando los imperiales descubrieran que se trataba de rebeldes, estarían atrapados, a merced de un número aún por determinar de naves enemigas. Demasiadas sin duda. En lugar de eso lo que dijo fue: "Pero es el mejor plan que pueda imaginarse y es el que vamos a llevar a cabo."

Nadie contestó. Todo el mundo seguía pendiente de ella, como esperando a que dijera algo más. Quizá a que aclarase por qué ahora parecía decidida a correr el riesgo, cuando antes del accidente no se lo había planteado siquiera. Avalancha prefirió no darles ninguna explicación. Por muchos motivos, no podía contarles ahora qué era lo que le había hecho cambiar de opinión. *Porque no me creerían. Porque pensarían que el coma me ha hecho ver visiones. Porque simplemente el tratar de explicárselo llevaría más tiempo del que disponemos para intentar salvar a esa gente.* La comandante del escuadrón Blanco suspiró sin dejar de devolverles la mirada. "No puedo obligaros a que vengáis conmigo. Ésa es una orden que no puedo daros, y comprendería que algunos decidierais no participar en esta misión." Avalancha permaneció algunos segundos en silencio, recorriendo con la mirada los rostros de sus pilotos. Con la excepción de Víbora y de Lince, que estaban de patrulla, todos los demás se encontraban allí. Ninguno dijo ni una palabra.

"Llamarada, transmite esto a la tripulación de la fragata," continuó diciendo Avalancha, sin atreverse a pensar que el silencio de sus subordinados significaba que todos estaban dispuestos a apoyarla. "Por lo que me has contado, andamos más bien cortos de transportes, pero sacrificaré una de las dos lanzaderas para evacuar a todos aquellos que quieran marcharse, y eso os incluye a vosotros."

Llamarada se volvió hacia sus compañeros. Uno por uno todos ellos asintieron con la cabeza. Chistes además sonrió de forma alentadora. Llamarada le devolvió la sonrisa. Siempre se podía contar con una sonrisa de Chistes, incluso en los peores momentos, y Llamarada le estaba agradecida por eso. Tanto como lo estaba hacia todos ellos por permanecer a su lado cuando otros en su lugar podrían haber decidido quitarse de en medio, o incluso amotinarse contra ella y Avalancha.

"Ya lo ves, jefa. Todos los pilotos del escuadrón Blanco te seguirán... a donde quieras llevarnos."

Avalancha miró a todos y cada uno de los presentes a los ojos, buscando una señal que le dijera que callaban simplemente por vergüenza de mostrar cobardía delante de sus compañeros. Ninguno se retractó. Ninguno pareció dudar. Estaban realmente dispuestos a quedarse y hacer lo que fuera por salvar a aquellos colonos. Y ella que pensó que estaba sola, que nadie iba a apoyarla en esto... Quizá Llamarada sí, y también Sombra. Ambas habían estado con ella desde el principio, y no se habían arredrado ni siquiera cuando el resto de pilotos del escuadrón Mantiss habían empezado a caer una detrás de otra. Pero de los demás no podía ni quería estar tan segura. Y sin embargo, ahí estaban. Avalancha respiró hondo, profundamente emocionada.

"No sabéis lo que esto significa para mí," les dijo, pensando mientras lo hacía que quizá sí que lo sabían.

El transmisor de Lllamarada emitió una señal sonora. Avalancha le dirigió una mirada inquisitiva. Al parecer, durante todo este tiempo lo había mantenido activado. Lllamarada asintió confirmándole sus sospechas. La conversación había sido transmitida al puente, y desde allí a toda la nave, de modo que todos y cada uno de los miembros de la reducidísima tripulación de la *Vigilante* tuvieran ocasión de escucharla y de decidir por sí mismos.

"Aquí la teniente comandante Schroeder," contestó Lllamarada.

"Aquí el sargento Rammes, desde el puente," Lllamarada puso el volumen al máximo para que todos los pilotos pudieran escuchar al suboficial técnico. "Dígale a la comandante Krenzel que puede guardarse la lanzadera. Todos nosotros nos quedamos."

"La comandante ha podido oírle por si misma, sargento. Y créame," añadió Lllamarada con una sonrisa, "está muy impresionada." En efecto, la expresión de su amiga, entre asombrada y deleitada, resultaba bastante transparente. "Preparen la nave para el salto al sistema de Kessel. Que nuestro punto de reentrada esté lo más cerca posible de KS-31."

"Enseguida, señora. Puente fuera."

Lllamarada le guiñó un ojo a Avalancha. "A mí esto de que me llamen señora... Víbora, Lince, supongo que vosotros también lo habéis oído todo."

"Alto y claro, Lllamarada," se escuchó decir a Víbora, cuya voz dejaba entrever más júbilo del que él seguramente había pretendido. "Y por supuesto también podéis contar con nosotros. Vamos rumbo al hangar principal. Estaremos a bordo en poco más de un minuto."

"Muy bien, Víbora. Te veré en el hangar de los TIEs. Lllamarada fuera." Al volverse, se encontró con la mirada de Avalancha fija en ella, llena de orgullo y respeto."

"Bien, veo que has llevado todo maravillosamente bien mientras yo estaba... fuera." Avalancha sonrió de oreja a oreja. "Buen trabajo. Buen trabajo, todos vosotros. Y ahora contadme los detalles de ese plan vuestro."

Capítulo V

[Destructor estelar clase Imperial II *Senderis*]

La atmósfera en el puente era de tranquilidad y mal disimulado aburrimiento. Los dos controladores de servicio miraban a sus pantallas sensoras sin encontrar nada que les hiciese acelerar el pulso ni lo más mínimo. Todo lo que se veía eran señales rojas, cada una mostrando la posición de una nave amiga. Las últimas lanzaderas con personal o material procedente de la fábrica habían aterrizado en los hangares del *Senderis* hacía ya un buen rato. El *Senderis* y el *Disuasor* podrían empezar a hacer su trabajo en cualquier momento, y sin embargo aún no se había recibido la señal. Uno de los controladores miró su cronómetro no por primera vez, y se volvió hacia su compañero.

"¿Sabes tú a qué estamos esperando?"

"A que sean las 20:00 horas estándar," respondió el otro encogiéndose de hombros. "Ésa es la hora prefijada para abrir fuego contra el planetoide, y nuestro capitán es muy respetuoso con la planificación. Si la orden indica empezar a las 20:00, no habrá ni un solo disparo antes de esa hora."

"Pues sí que estamos buenos," resopló el primer controlador. "En fin, nos quedan menos de dos horas..."

"Eso es. Hasta entonces no tenemos gran cosa que hacer aparte de..." El hombre se interrumpió al ver una nueva señal en su pantalla. Los sensores del *Senderis* habían detectado una nave con signature imperial saliendo del hiperespacio a menos de dos mil kilómetros de allí. "Parece que viene más gente a la fiesta. Es una Nebulon-B."

"Sí, teníamos a una en la lista de llegadas previstas. Déjame ver... la *Vigilante*."

"Ah, sí, ésa es la que estaba esperando el tipo del Delta Dx9. De acuerdo, avísalos de que Ballard Dos ha llegado antes que ellos."

[Fragata imperial *Vigilante*]

Avalancha se encontraba en el puente, justo detrás del sargento Rammes. El joven técnico iba a representar el papel de capitán de la *Vigilante* en todas las comunicaciones que tuvieran que realizar con el resto de la flota. Según el diario de a bordo de la nave, su último capitán había sido un tal capitán de fragata Keller. Su nombre también aparecía en la lista de prisioneros de los que se había hecho cargo el *Alegre Jack*, junto con una imagen tomada tras la captura. Se parecía a Rammes lo que un bantha a un mynock. Si alguien les exigiera establecer una comunicación holográfica, tendrían que improvisar alguna disculpa creíble para negarse a ello. La única otra persona en el puente aparte de ella y de Rammes era una compañera de este último, la sargento Dengar, especialista en sistemas sensores. Desde que habían salido del

hiperespacio, se encontraba de pie en mitad del puente, haciendo cuanto podía por controlar a la vez una docena de pantallas esparcidas por el puente.

"Confirmado, comandante," dijo Dengar, "no hay interdictores entre las naves imperiales."

"Menos mal. En ese caso podemos seguir adelante." En el caso de haberse detectado alguno, Avalancha se hubiera visto obligada a cancelar la operación, aunque le costara lamentarlo toda su vida. Un crucero interdicator era capaz de generar un campo gravitatorio artificial que hacía imposible que ninguna nave saltara al hiperespacio en muchos kilómetros a la redonda. Con una de esas naves allí, no habrían tenido la más mínima posibilidad de escapar en el caso de que fueran descubiertos, y Avalancha tenía el firme presentimiento de que la salida no iba a ser fácil. "Sargento Rammes, ¿está usted listo?"

"Sí, comandante."

"Muy bien. Lllamarada, ¿estáis a punto para el lanzamiento?"

"Sí, jefa. ¿He mencionado ya lo mucho que odio esta condenada máscara?"

"Por lo menos cuatro veces en los últimos diez minutos." Avalancha sonrió.

"No te preocupes, Lllamarada," se oyó decir a Iceberg. "Cuando te la quites seguirás estando igual de guapa."

"Basta de charla, pilotos. Vamos a empezar la función. Cuando quiera, sargento."

Rammes estiró una mano hacia la consola de la unidad principal de comunicaciones, pero antes de que pudiera empezar a operarla un indicador amarillo empezó a parpadear en mitad del panel, al tiempo que emitía un insistente pitido. Tenían una transmisión entrante. El técnico volvió la cabeza hacia Avalancha y ésta asintió. Rammes pulsó un botón para aceptar la transmisión. Al instante, una voz masculina se escuchó claramente incluso desde donde se encontraba la sargento Dengar.

"*Vigilante*, aquí el destructor estelar *Senderis*. Les estábamos esperando. Transporte Ballard Dos, tiene permiso para aproximarse a la *Vigilante* a su conveniencia."

"Aquí Ballard Dos, *Senderis*. Ya estoy de camino, gracias."

Avalancha abrió la boca de par en par al reconocer la voz de Psico. Por difícil que fuera de creer, se encontraba a bordo de un transporte imperial y se las había apañado para prepararles el camino.

"¡Sígale la corriente, sargento! ¡Ese Ballard Dos es uno de los nuestros!"

"Aquí el capitán de fragata Keller, al mando de la *Vigilante*," escuchó decir a Rammes. "Estamos listos para recibir a Ballard Dos. Procedemos a lanzar a nuestros cazas de escolta."

"A su discreción, capitán. *Senderis fuera.*"

"Bueno," transmitió Avalancha después de unos segundos en los que, al parecer, nadie terminaba de creérselo. "Esto está siendo más fácil de lo que esperábamos. Intentemos no estropearlo. Lllamarada, podéis salir. Sombra y tú dejad la conversación para Víbora e Iceberg. En la Armada Imperial no hay demasiadas mujeres que sean pilotos de caza, así que lo mejor es que os abstengáis de usar vuestras unidades de comunicación para no llamar la atención."

"Cómo odio a esos misóginos...!" resonó la voz de Lllamarada, haciendo sonreír de nuevo a Avalancha. "Comprendido, jefa."

Psico vio como cuatro Interceptores TIE abandonaban la *Vigilante* y se dirigían hacia él, presuntamente pilotados por miembros del escuadrón Blanco. Su suposición había sido correcta. Habían decidido intentarlo a pesar de todos los pesares. No sabía que contarán con Interceptores, pero desde luego era un punto a su favor. Hubiera resultado totalmente inusual que una nave imperial no desplegara parte de su complemento de cazas tras entrar en un sistema, aunque éste se encontrara ya ocupado por fuerzas amigas. *Tendría narices que esto funcionara...* Psico cruzó los dedos y se los puso sobre los labios. A pesar de que no se consideraba una persona supersticiosa, todas las precauciones parecían pocas en esos momentos. *En fin, si van a evacuar a esos colonos, este transporte puede serles de ayuda.*

"Ballard Dos, aquí Duende Uno. Puede aterrizar en el hangar principal."

Psico tenía buena memoria para las voces. A pesar de que sólo había hablado con él un par de veces a bordo del *Alegre Jack*, antes de salir para Kessel, estaba casi seguro de que ese Duende Uno era Víbora. *El que estuvo volando con TIE Avanzados antes de desertar de la Armada Imperial.* "Entendido, Duende Uno, voy para allá."

En el puente de la *Vigilante*, Avalancha miraba a través de las portillas de observación, esperando ver las luces de posición de la nave de Psico de un momento a otro. "Comandante," dijo la sargento Dengar. "las oficiales de vuelo Bastmeijer y Hull informan que han finalizado la secuencia de pre-vuelo y están listas para despegar."

"Espere un momento..." respondió Avalancha pensativa. La capacidad estándar de una lanzadera clase Lambda militar era de cuatro tripulantes y veinte pasajeros, pero esa cifra estaba calculada partiendo de la base de que cada pasajero tendría que llevar consigo una determinada cantidad de equipo. Si utilizaban todo el espacio disponible y los colonos se apretaban a bordo

tanto como fuera posible, y teniendo en cuenta algunos de ellos serían niños, podrían llegar a entrar unas cincuenta personas en cada lanzadera. Si además usaban el transporte que traía Psico, cuya capacidad era muy similar, sería posible evacuar a toda la colonia en sólo dos viajes...

Avalancha se acercó a la consola de la sargento Dengar y activó el intercomunicador. "Lince, Ángel, no despeguéis todavía. Puede que os consiga un poco de ayuda. Sargento Rammes, hable con el hangar. Que estén listos para repostar ese transporte en cuanto llegue."

"Entendido, comandante."

Avalancha consultó su cronómetro. Sólo les quedaba una hora y media. Incluso contando con tres naves de transporte, apenas quedaba tiempo suficiente. Antes de que salieran las lanzaderas, tenía que saber qué les había dicho Psico a los imperiales. Avalancha era muy consciente de que el más pequeño de los errores mientras hablaban con ellos podría resultar fatal, pero no podía arriesgarse a preguntarle a través del intercomunicador. Necesitaba tener a Psico a mano durante un rato, por si tenían que volver a hablar con los controladores de los destructores, pero por otro lado, no había ni un minuto que perder. No podía tener a las lanzaderas esperando mientras Psico la ayudaba con las conversaciones. La única solución era que alguno de sus pilotos tomara el transporte ligero en lugar de Psico. Además de ella misma, sólo quedaban otros cuatro pilotos a bordo de la *Vigilante*. Todos estaban esperando en el hangar, a bordo de sus cazas, listos para un lanzamiento inmediato. Chistes tenía el ala-A que pilotaba Sombra habitualmente. Alce, Granito y Coloso ocupaban tres de los alas-B equipados con torpedos imperiales. El cuarto estaba reservado para la propia Avalancha. Chistes era una piloto bastante decente de ala-B, pero no estaba acostumbrada a la velocidad y a la maniobrabilidad de los alas-A. Pero si no recordaba mal, Psico sí que tenía acumuladas bastantes horas de vuelo en ese tipo de nave.

"Chistes, ¿puedes oírme?"

"Sí, comandante."

"¿Crees que podrías pilotar un transporte Delta Dx9?"

"¿Cómo los que usan las tropas de asalto? Sí, supongo que sí..."

"Bien, nuestro viejo amigo Psico está a punto de aterrizar con uno. En cuanto llegue, súbete a bordo y prepárate para salir con Lince y con Ángel".

"¡Tú mandas...!"

"Rammes, Dengar, estaré en el hangar principal, a bordo de uno de los alas-B. Estaré en contacto permanente con ustedes.

"De acuerdo, comandante," respondió Rammes. Cuando la puerta se cerró con un siseo tras la jefa de escuadrón, el técnico se volvió hacia su compañera.

"Bueno, Lailha, ahora estamos solos tú y yo al mando de esta nave..."

"¡No nos prepararon para esto!" Dengar acabó la frase con profundo suspiro.

Cuando Avalancha llegó al hangar el transporte de Psico estaba aterrizando. Antes de que hubiera terminado de posarse, dos técnicos lo estaban reabasteciendo ya de combustible. La compuerta delantera se abrió y por ella asomó el espía, tan alto y desgarrado que a primera vista parecía engañosamente torpe, y vistiendo el mono de vuelo más sucio y arrugado que Avalancha hubiera visto jamás. Apenas había puesto un pie sobre la cubierta cuando estuvo a punto de ser arrollado por Chistes, a pesar de que la mujer era dos cabezas más baja que él y debía pesar treinta o cuarenta kilos menos. Sin mediar palabra, Chistes subió al transporte de un salto y ocupó el asiento del piloto ante la mirada sorprendida de Psico. Al volverse vio a Avalancha corriendo hacia él.

"¿Pero qué...?"

"¡No hay tiempo!" Le interrumpió Avalancha. Vamos a utilizar tu transporte y nuestras dos lanzaderas para evacuar a esos colonos. ¿Hay algo que debamos saber?" Mientras hablaba hizo un círculo con la mano sobre su cabeza y señaló hacia la abertura de salida del hangar. Chistes, Lince y Ángel comenzaron la maniobra del despegue las tres al mismo tiempo.

Al mirar hacia atrás por encima del hombro, Psico vio al transporte elevarse y abandonar la fragata. "Sí, decidles a los imperiales que os han pedido que llevéis a los colonos al sistema Thoriam, a la plataforma orbital de Industrias Sienar, donde los están esperando para trabajar en la nueva cadena de montaje."

"Sargento Rammes," dijo Avalancha acercándose el intercomunicador de pulsera a los labios. "¿Ha oído usted eso?"

"Perfectamente, comandante. ¡Cruce los dedos porque allá voy!" La voz de Rammes no mostró ningún rastro del nerviosismo que Avalancha sabía que sentía.

"Crúzalos tú también, Psico. Es una orden."

[Puente del destructor estelar clase Imperial *Senderis*]

"Ten cuidado, colega, que está aquí el jefe," le susurró uno de los controladores a su compañero. El capitán de navío Perdiggo acababa de relevar a su segundo en el mando, el capitán de fragata Beroz, con la intención de hacerse cargo personalmente de su nave durante lo que quedaba de la misión. Sin echarle ni siquiera un vistazo a los visores del puente, Perdiggo se

dirigió directamente a las consolas de los controladores. Antes de marcharse a descansar, Beroz le había dicho que una Nebulon-B acababa de incorporarse a la flota, y eso le había sorprendido considerablemente.

"¿Qué está haciendo aquí esa nueva fragata?" preguntó deteniéndose a espaldas de los controladores, desde donde podía observar sus respectivas pantallas sensoras.

"Es la Vigilante, *señor*. Tenían previsto reunirse aquí con un transporte ligero." El controlador consultó la computadora. "Ballard Dos, uno de los Delta Dx9 que han participado en la evacuación de la factoría."

En ese mismo momento el panel de la unidad de comunicaciones anunció una nueva transmisión.

"*Senderis*, aquí la Fragata *Vigilante*. Ballard Dos y dos de nuestras lanzaderas están despegando en este momento. Solicitamos un pasillo para esas tres naves hasta la superficie de KS-31. Nos han ordenado que evacuemos a los colonos del planetoide y que los traslademos a la plataforma orbital de Industrias Sienar en el sistema Thoriam.

El controlador hizo aparecer sobre la pantalla los datos de que disponía sobre Ballard Dos, los cuales tenía ya preparados antes de que se lo pidiera su comandante. Efectivamente, la plataforma de Sienar en Thoriam aparecía como su anterior destino. Perdigo desechó la información con un gesto de la mano y se acercó a la unidad de comunicaciones. A partir de ese momento, se encargaría él personalmente de hablar con la *Vigilante*.

"Aquí el capitán de navío Perdigo, al mando del *Senderis*. No se me ha informado de eso."

[Hangar principal de la *Vigilante*]

No se lo van a tragar, no se lo van a tragar... pensó Avalancha para sí. "¡Insista, Rammes! Psico, ¿Se te ocurre alguna cosa más?"

"No lo sé..." El espía se quedó mirándola por un momento con la mirada perdida, hasta que de pronto pareció acordarse de algo. "Vader. Que les digan que las órdenes vienen de Vader en persona. Es lo que yo hice."

"Rammes, ¿ha oído usted eso?"

"Sí comandante. No perdemos nada por probar."

"Los imperiales le tienen un miedo terrible a Vader..." empezó a explicar Psico, pero se interrumpió al ver que Avalancha había cerrado los ojos y se había puesto las manos sobre la cabeza. Parecía que ni siquiera le estaba escuchando. "Hey, Avalancha, ¿estás bien?"

Ella no contestó. Sabía perfectamente lo que tenía que hacer ahora: lo mismo que Joan hubiera hecho. *Utiliza la Fuerza*, le había dicho ella antes de devolverla al mundo real. *Tú también eres sensible a ella*. Lo sabía, siempre lo había sabido, aunque se había visto obligada a guardarlo en secreto. Cuando nació, los Jedi ya estaban siendo perseguidos y exterminados por el Emperador Palpatine y por su discípulo, Darth Vader, y el culto a la Fuerza era erradicado de la galaxia por el poder de las armas. No había tenido a nadie a quien acudir para que le ayudara a comprender qué significaba en realidad ser sensible a la Fuerza, nadie a quien plantearle sus preguntas o con quien compartir sus inquietudes, nadie que le enseñara qué podía y qué no podía hacer con ese don y a desarrollar sus habilidades latentes. Aunque lo desconocía casi todo acerca de la naturaleza y el alcance real de esas habilidades, fueran las que fueran, no creía que pudieran compararse en ningún caso con las que había tenido Joan d'Arc. Hasta ahora, para Avalancha, la Fuerza no había sido más que una especie de sexto sentido, algo que en ocasiones le avisaba del peligro, o le permitía saber cuándo alguien le estaba mintiendo. De eso a lo que hacía Joan había un mundo, pero no le quedaba más remedio que intentarlo. Tenía que encontrar al capitán de ese destructor estelar entre el mar de consciencias que la rodeaban, y de algún modo empujarle a creer en lo que Rammes le decía. Pero había tantos miles de seres ahí fuera, que no sabía cómo iba a apañárselas para distinguir a uno en concreto.

Puedes hacerlo, Sherry.

Joan... Al sentir tan cerca la presencia de su invisible amiga, Avalancha se sintió reconfortada, aunque seguía dudando de su capacidad para usar la Fuerza como ella. *Lo intentaré. Intentaré recordar cómo lo hacías tú.* Avalancha se relajó lo mejor que pudo y comenzó a extender sus sentidos a través de la Fuerza hacia la nave imperial.

[A bordo del transporte Ballard Dos]

Chistes miró a ambos lados y vio a las lanzaderas de Lince y de Ángel, en formación cerrada con ella. Mientras escuchaba la conversación entre el destructor *Senderis* y la *Vigilante*, cada segundo parecía estirarse hasta parecer minutos enteros. La piloto se dio cuenta de que llevaba mordiéndose las uñas desde que habían despegado y puso ambas manos sobre los mandos.

"Mi madre siempre decía que está feísimo que una dama se muerda las uñas," dijo para sí. Un instante más tarde estaba tamborileando con los dedos sobre el panel de control.

[Puente del destructor estelar clase Imperial II *Senderis*]

"Aquí el capitán de corbeta Keller. Mis órdenes vienen *directamente* de Lord Vader. No obstante, si quiere usted discutirlo con él..."

El capitán de navío Perdiggo no pudo evitar sentir un escalofrío al oír nombrar a Darth Vader. *Pero si fue él quién pidió que volaran el planeta con todo lo hubiera en él, maldita sea.* Pensando que debía tratarse de un error por omisión, Perdiggo había pedido confirmación a Centro Imperial acerca de lo que debía hacerse con los colonos. La respuesta había sido muy clara. Por orden expresa de Lord Vader, los colonos debían morir en KS-31.

[Hangar principal de la *Vigilante*]

Vader. Avalancha descubrió a una mente que reaccionaba con miedo justo cuando el sargento Rammes mencionó el nombre de Vader. Ésa tenía que ser la que estaba buscando. Ese miedo era bastante fuerte. Quizá ella podría hacer algo por intensificarlo.

Si quieres discutirlo con él... pensó intensamente, intentando que el pensamiento encontrara eco en la mente del capitán imperial.

[Puente del destructor estelar clase Imperial *Senderis*]

Lord Vader no da explicaciones cuando cambia de parecer sobre algo, recapacitó Perdiggo. Eso era algo que él sabía por propia experiencia. Hacía tan sólo dos meses el *Senderis* había participado en una misión bajo el mando personal de Darth Vader. Éste había solicitado dos destructores para una incursión en espacio controlado por los rebeldes, con el fin de atacar una plataforma espacial recientemente descubierta por una sonda espía. El *Senderis* y el *Formidable* habían sido puestos inmediatamente a su disposición. Todavía se acordaba de la impresión que le causó ver entrar a la inmensa y oscura figura en el puente de su nave. El caso es que fueron hasta allí y encontraron la plataforma justo en el sitio donde debía estar. Cogieron a los rebeldes completamente por sorpresa y empezaron a machacarles con todo su poderío, pero cuando los escudos de la plataforma ya habían caído y los dos destructores estaban a punto de acabar con ella, Vader les ordenó cesar el fuego y abandonar el sistema. El capitán del *Formidable*, un tal Menadi, se atrevió a preguntar por qué, aunque si estaba contrariado no se le notó en la voz. Le hubiera dado igual que hubiera planteado la pregunta a gritos. Un momento más tarde se estaba llevando las manos a la garganta, incapaz de respirar. Antes de que el holograma se desactivara, Perdiggo lo vio debatirse durante interminables segundos para derrumbarse finalmente sobre la cubierta. En todo ese tiempo, Vader ni siquiera se había movido, pero Perdiggo no tenía la menor duda de a quién pertenecía la mano invisible que acababa de estrangular a Menadi. Por fortuna, él había obedecido la orden de retirada sin

la menor vacilación, quizá por tenerle justo a su espalda. Apenas una hora más tarde, Vader ordenó dar media vuelta y atacar otra vez la plataforma. Perdiggo y el segundo de a bordo del *Formidable*, convertido en comandante *de facto*, hicieron lo que se les pedía sin pestañear siquiera. Al entrar en el sistema, vieron que una fragata médica maniobraba para ensamblarse con la plataforma, evidentemente para evacuarla antes de que se produjera un segundo ataque, sin llegar a imaginar que éste iba a ser tan inmediato. Vader había sorprendido a los rebeldes dos veces el mismo día. En esa segunda ocasión, tanto la fragata como la plataforma fueron destruidas sin piedad.

Quizás esta vez Vader tenía también sus propias razones para revocar sus propias órdenes.

Si quieres discutirlo con él...

Perdiggo se estremeció. Por un instante se había sentido como si volviera a encontrarse en presencia del mismísimo Vader. No, no quería discutir nada con él.

"De acuerdo, capitán Keller, puede proceder. Pero adviértales a su gente que deben darse prisa. Empezaremos a bombardear el planetoide en setenta minutos."

" Gracias, señor, ése será tiempo suficiente. *Vigilante* fuera."

[Hangar principal de la *Vigilante*]

Avalancha escuchó de nuevo en su mente la voz de Joan. *¡Bien hecho!* Psico la sostuvo antes de que llegara a caerse al suelo. Avalancha no se había dado cuenta de que se estaba tambaleando.

"Estoy bien, Psico. Gracias."

El piloto y espía la miró fijamente, preguntándose qué era lo que acababa de pasar delante de sus ojos. Avalancha había hecho algo, de eso estaba seguro, aunque no tenía ni idea de qué se trataba. El caso era que, fuera lo que fuera, había funcionado. "Creí que te conocía..."

"Eso cree todo el mundo, pero ya ves." Avalancha se secó el sudor que cubría su frente con la manga del traje de vuelo. Aparentemente más calmada, señaló con el dedo hacia un ala-A posado en la cubierta de vuelo.

"¿Todavía te acuerdas de cómo se pilota uno de esos?"

"¿Bromeas? Pues claro que sí..."

"Bienvenido al grupo *Cebo*."

"Grupo Cebo," repitió Psico.

"Eso es. Si los imperiales empiezan a sospechar, les daremos algo más urgente de lo que preocuparse. Hubieras sido el hombre perfecto para pilotar uno de los Interceptores, pero no podíamos esperar a que llegaras a bordo."

"No, gracias. Si puedo evitarlo, no tengo nada de ganas de volver a sentarme en la cabina de un TIE en toda mi vida. Ese ala-A estará bien."

"De acuerdo. Yo estaré en mi ala-B." Avalancha empezó a caminar hacia el cazabombardero pero al momento se volvió hacia Psico para decirle algo más.

"Ah, por cierto, ¡me alegro de volver a verte!"

Psico soltó una carcajada y se dirigió al ala-A que hasta hacía unos minutos había estado ocupado por Chistes. Lo primero que tuvo que hacer fue regular el asiento para que le entraran las piernas en la cabina.

Capítulo VI

[Grupo de Interceptores Duende]

"Duende Tres, aquí Uno. Tú y Duende Cuatro encargáos de escoltar a los transportes hasta la atmósfera del planetaide."

"Entendido, Duende Uno," contestó Iceberg. Él y Sombra viraron para seguir a las dos lanzaderas y al transporte ligero, mientras Víbora y Llamarada permanecían cerca de la *Vigilante*.

Chistes vio a los dos Interceptores colocándose a los flancos de la formación. KS-31 estaba justo delante, ocupando algo más de un tercio del espacio visible al frente. La piloto pensó que KS-31 podría haber sido la luna de un planeta más grande, hacía quizá millones de años. Era demasiado pequeño como para ser considerado un planeta, y su forma no era completamente esférica. A pesar de todo, su campo gravitatorio revelaba una densidad considerable en el núcleo, o no podría retener atmósfera alguna. De todas formas, la que tenía no era gran cosa. Según los instrumentos de la lanzadera, sólo era respirable hasta unos doscientos metros sobre la superficie, e incluso menos en algunas zonas. Chistes consultó la situación de la colonia en la computadora y calculó la ruta óptima para el acercamiento, siempre dentro del pasillo que acababan de indicarles los controladores imperiales. La piloto hizo una profunda inspiración, como si estuviera a punto de zambullirse en un mar de aguas agitadas. *Allá vamos...*

[Superficie de KS-31]

Los últimos colonos acababan de abandonar el asentamiento cuando se escuchó el sonido de los motores de una nave acercándose.

"¡Escondéos, rápido!" gritó Alvar Parix. No hacía falta decir más. Aguijoneados por el miedo, todo el mundo echó a correr hacia el arbusto o la roca más próxima. Los niños más pequeños fueron llevados en volandas por sus padres, pero como si intuyeran que aquel era un momento para estar callados, ninguno lloró ni protestó. Alvar se asomó con sumo cuidado entre los matorrales tras los cuales se había ocultado, lo justo para ver cómo tres naves de transporte militares tomaban tierra cerca de las casas de la colonia. Arrastrándose sobre los codos y las rodillas, se acercó tanto como pudo sin arriesgarse a ser descubierto por los pilotos. Al volver a mirar, ya estaba lo bastante cerca como para distinguir las marcas imperiales pintadas sobre el casco de las naves.

Chistes observó las casas más cercanas a través del visor delantero, sin apreciar señales de vida. La colonia parecía estar vacía. "Mantened los motores en marcha," transmitió a sus dos compañeras. "Voy a bajar a echar un vistazo."

"De acuerdo, Chistes," contestó Lince. "Utiliza una mascarilla respiratoria. Ahí fuera el aire es bastante tenue."

"Gracias, Lince, estás en todo. Aunque he visto las lecturas atmosféricas, no había caído en lo de la mascarilla."

"Ten cuidado, por favor."

Alvar vio descender la rampa de una de las lanzaderas, y un instante después alguien bajó por ella. Era difícil apreciar los detalles pero el traje del vuelo anaranjado no era nada común entre los pilotos imperiales. Los que él había visto siempre utilizaban monos negros o grises. *Qué raro*. El piloto se alejó unos pasos de la nave y miró a su alrededor. Entonces se quitó el casco y sacudió la cabeza a ambos lados. Una abundante melena castaña le cayó sobre los hombros. A pesar de llevar parte del rostro cubierto por la mascarilla, Alvar se dio cuenta de que era una mujer, y eso era más extraño aún que el color de su uniforme. Alvar no recordaba haber visto a ninguna mujer entre las tropas imperiales.

Chistes verificó el sensor que llevaba en la mano. Por las lecturas termales, había bastantes seres vivos a su alrededor, probablemente humanos por el tamaño y la temperatura corporal, pero no era posible estar segura al cien por cien. En cualquier caso, no creía que se tratara de tropas imperiales ocultas, puesto que a estas alturas ya tenían que haber evacuado por completo el planeta. "Sólo hay una forma de salir de dudas," se dijo a sí misma.

"¡Soy miembro de la Alianza Rebelde!" gritó, ahuecando sus manos alrededor de su boca a modo de improvisado megáfono. "¡El Imperio está a punto de destruir este planeta, y con él a toda la colonia! ¡Estamos aquí para

rescatarles, pero no nos queda casi tiempo! ¡Por favor, confíen en mí y déjense ver!"

¿Rebeldes? A Alvar le resultaba difícil creerlo. Había oído hablar de la Rebelión a las tropas que los custodiaban, pero no le había dado demasiada importancia. Hacía ya cinco años que el Imperio había tomado este lugar, y hasta el momento nadie se había preocupado por ellos. La Alianza Rebelde, había dicho la mujer. ¿Y si decía la verdad? ¿Qué sentido tendría para los imperiales tratar de engañarles ahora? Tanto si querían matarlos como si querían llevárselos a cualquier otra parte, habían tenido sobradas oportunidades de hacerlo antes de abandonar sus instalaciones. Alvar dudó por un instante y finalmente se levantó con lentitud. La mujer sonrió al verle, o al menos eso le pareció a Alvar. Sí, aunque no podía verle la boca, sus ojos le sonreían sin duda alguna. Alvar se relajó. Nadie que fuera capaz de transmitir una sonrisa con una mirada podía ser un militar imperial. "¡Estamos todos aquí!" gritó en su dirección. "Dígame qué tenemos que hacer."

"¿Cuántos sois?" preguntó la piloto acercándose.

"Exactamente doscientas y noventa cuatro personas."

"Muy bien. Dile a tu gente que suban a nuestras naves de inmediato. No pueden traerse nada con ellos, ningún equipaje en absoluto. Tendremos que hacer dos viajes para llevarlos a todos y casi no tenemos tiempo." A pesar de la sonrisa que Alvar había creído apreciar, al verla más de cerca la expresión de la piloto le transmitió una gran preocupación. Apartando a un lado los últimos restos de desconfianza, Alvar decidió creer en ella con todas sus consecuencias.

"De acuerdo, vamos." Alvar corrió de vuelta hacia los matorrales y arbustos donde se escondían la mayor parte de los colonos, seguido por la piloto.

"¡Escuchadme, todos vosotros!" gritó Alvar. "Estas personas son rebeldes, y ellos están aquí para ayudarnos." Algunas cabezas asomaron por encima de los matorrales, observando a Chistes con recelo. "Dicen que tenemos que salir de aquí antes de que esas naves de ahí arriba lo destruyan todo."

"Hemos oído eso," dijo alguien sin salir de su escondite. A Alvar no le costó ningún esfuerzo reconocer la voz de Tol Finemar. "¿Cómo sabemos que no nos mienten?"

"No tenemos tiempo para discusiones," le susurró Chistes a Alvar. "Diles que vengan ya y recuérdales que no tenemos sitio para equipajes."

"Corred hacia los transportes," continuó Alvar, "pero dejad aquí todos los bultos. No hay bastante espacio. La piloto dice que se necesitarán dos viajes, así que lo mejor será que enviemos a todos los niños en el primero."

Cada vez más personas iban saliendo de la vegetación, pero nadie dio un paso hacia las naves. Sus rostros mostraban miedo y suspicacia a partes

iguales. Chistes consultó su cronómetro no por primera vez y decidió dirigirse a los colonos ella misma. "¡Deben creerme! Por favor, vengan con nosotros si quieren salvar la vida. ¡Los imperiales van a arrasarlo el planeta, quizá incluso a volarlo por completo, y van a hacerlo en apenas una hora! ¡Ya casi no nos queda tiempo para sacarles a todos de aquí!" Los colonos se quedaron de pie donde estaban, mirándose unos a otros y cuchicheando entre sí. Chistes se estaba empezando a poner nerviosa.

"¡Por favor," dijo dirigiéndose a Alvar, "debes convencerlos ya, o todos estaréis muertos antes de que acabe el día!"

Alvar se agitó inquieto. Buscó a su familia entre la muchedumbre y los encontró mirándole desde detrás de unas rocas. Su padre, que le había apoyado un rato antes cuando se discutía si abandonar o no la colonia temporalmente, parecía vacilar ahora. Alvar volvió los ojos hacia Trinia, su hermana pequeña de sólo cuatro años. Era una de las niñas nacidas allí, en KS-31, cuando los colonos ya habían sido convertidos en esclavos. Bara, su madre, le sostenía una mano con fuerza, pero Trinia no parecía demasiado asustada. Acostumbrada a ver hombres armados a su alrededor desde siempre, la piloto rebelde le causaba más curiosidad que miedo.

"Sólo hay una manera de demostrarles que yo sí confío en ti," le dijo Alvar a Chistes. El joven caminó hacia su familia y cogió a su hermana por la otra mano. "Ven conmigo, Trinia," le dijo tirando de ella. Su madre intentó evitar que la apartara de ella, pero entonces Alvar cogió a la niña en brazos y retrocedió con ella a cuestras.

"¿Qué estás haciendo?" preguntó Bara con voz nerviosa.

"Mamá, Papá, tenéis que confiar en mí. Estoy seguro de que lo que dice esta mujer es cierto." Dicho eso, Alvar echó a correr hacia los transportes llevándose a Trinia consigo.

"¡Alvar, no!" gritó su madre.

"No, déjalo," dijo Lorga Parix, saliendo de su indecisión. "Si hay alguien en cuyo criterio confío, ése es nuestro hijo. Si él cree en lo que dice esa piloto, entonces yo también lo creo." Bara sólo lo dudó por un momento antes de asentir con la cabeza. Ambos dejaron en el suelo las gastadas bolsas de viaje que acarreaban y se fueron detrás de sus hijos.

Chistes se volvió hacia el resto de los colonos. "¡Tienen que entender que ésta es su única oportunidad de sobrevivir!" Nada. Ninguno más se movió del sitio. La piloto sacudió la cabeza a ambos lados con desesperación antes de mirar su cronómetro una vez más. *El tiempo parece volar cuando tienes tan poco*, pensó para sí. Chistes salió corriendo hacia las naves sin volver a mirar atrás, esperando que eso terminara de hacerles reaccionar.

Los colonos la vieron alejarse, dudando aún qué hacer. Era una decisión difícil. Muchos habían empezado a pensar que las cosas iban a mejorar, ahora

que se iban los imperiales. Quizás aún estaban a tiempo de recuperar el espíritu de los primeros días, cuando llegaron a este lugar remoto cargados de esperanzas. Su sueño de conocer una vida mejor se había evaporado de golpe cuando la primera nave imperial aterrizó frente a sus casas, pero ahora se habían ido todas. La maquinaria agrícola seguía allí, intacta en los cobertizos. Aún podían hacer lo que se habían propuesto. Pero si esa piloto decía la verdad, KS-31 jamás volvería a ser un hogar, ni para ellos ni para nadie. A lo lejos, la familia Parix ya estaba abordando una de las naves.

"¡Yo no me quedaré aquí esperando a salir de dudas!" exclamó Narela Gordel, una fondoriana cuyo marido había muerto en un accidente en la fábrica dos años antes. Narela cogió a su hijo de ocho años de la mano y echó a correr también. Rodelia Hantes y su marido la siguieron, y Bail Morona con su esposa lo hicieron un segundo después. Una tras otra, la mayoría de las familias de colonos hizo lo mismo. Chistes los vio acercarse desde la cabina del transporte y suspiró con el alivio.

"Parece que lo conseguiste," le dijo a Alvar, que se encontraba sentado a su lado.

"No, no todos están viniendo," contestó el joven mirando a los que aún permanecían quietos, lejos de las naves. "Me quedaré aquí esta vez. Intentaré convencerlos a ellos también. ¿Vas a volver, no es así?"

"Claro que sí, te lo prometo." Sólo entonces se dio cuenta Chistes de lo joven que era Alvar. No tendría más de diecisiete o dieciocho años estándar. Se le encogió el corazón al pensar en lo valiente que era ese chico a pesar de haber pasado buena parte de su vida bajo la amenaza de ser tiroteado por un soldado de asalto.

"Entonces te estaré esperando," le respondió Alvar jovialmente. Tras tranquilizar a su familia lo mejor que pudo descendió del transporte de un salto antes de que intentaran retenerle. Una vez fuera, se dedicó a ayudar a subir a la nave a la gente que iba llegando hasta que estuvo seguro de que no cabría nadie más. Le costó convencer a los que se quedaron fuera, ahora ansiosos por marcharse, de que debían apartarse del transporte, pero el ruido amenazador de los motores al aumentar de potencia junto con la insistencia de Alvar al afirmar que volverían a por ellos hizo que todo el mundo aceptara retirarse hasta una distancia segura. Colocándose donde Chistes pudiera verla, Alvar le indicó con un gesto que podía salir. Ella asintió desde la cabina y el transporte empezó a elevarse sobre sus repulsores gravitatorios. Lince y Ángel despegaron justo detrás.

Alvar se quedó mirando cómo las tres naves desaparecían en el cielo, sintiendo un miedo repentino y terrible de no volverlas a ver.

"Me ha prometido que volverá, y seguro que lo hace," se dijo a sí mismo antes de encaminarse hacia el grupo de los colonos empeñados aún en quedarse.

[Interceptores TIE en la órbita de KS-31]

"Aquí vienen, Duende Cuatro," transmitió Iceberg. Sombra recordó las instrucciones de Avalancha y se limitó a responder emitiendo un click a través de la unidad de comunicaciones. Moviendo la palanca de mandos con delicadeza, siguió al caza de Iceberg para interceptar al transporte y a las dos lanzaderas. Acercándose a la más próxima de estas últimas, le hizo un barrido con los sensores del caza. Los instrumentos le confirmaron que la nave iba cargada de gente hasta los topes.

Al ver acercarse a los transportes, Víbora echó una mirada al destructor estelar más próximo, el *Disuasor*. Durante casi toda la operación, los transportes estarían dentro del radio de acción de sus poderosas baterías láser. Víbora no podía dejar de preguntarse cuánto tiempo pasaría antes de que alguien hiciera una comprobación con el Alto Mando de la Armada Imperial, o se recibiera información de inteligencia actualizada acerca de la *Vigilante* o del *Alegre Jack*. Si eso llegaba a suceder mientras todavía estaban allí, las lanzaderas, el transporte Delta y la propia fragata tendrían al menos una oportunidad de saltar al hiperespacio y escapar antes de ser acibillados, suponiendo que se encontraran lo suficientemente lejos del pozo gravitatorio generado por el planetoide. En cambio, los cuatro que pilotaban Interceptores TIE se quedarían atrapados allí, para morir o ser capturados. Víbora ni siquiera tenía en cuenta esa última posibilidad. Si el Imperio llegaba a ponerle las manos encima, sería torturado lentamente hasta la muerte por haber desertado y haberse unido al enemigo. No había peor crimen en el código penal militar del Imperio. Para estar seguro de que eso no sucediera, Víbora se había encargado de desconectar el hardware del asiento eyector. Puestos a morir, era preferible hacerlo rápido, combatiendo. Al mirar a su derecha vio el caza de Lllamarada a su lado. Qué cosas tan curiosas tenía la vida. Al poco de conocerse a bordo del *Alegre Jack*, ella le había comentado que había sido derribada y capturada en una ocasión, pero tuvo la inmensa fortuna de ser liberada por comandos de la Alianza antes de veinticuatro horas. Al interesarse por los detalles, Víbora terminó descubriendo con gran sorpresa que había sido precisamente él quien la había derribado, apenas un mes antes de su desertación. El antiguo piloto imperial deseó fervientemente que a Lllamarada le siguiera sonriendo la suerte, porque prefería no pensar en lo que podría sucederles a Sombra o a ella si resultaban capturadas, porque no parecía probable que en esta ocasión viniera nadie a rescatarlas. Avalancha tenía más razón de la que imaginaba al decir que había muy pocas mujeres a bordo de las naves imperiales. Tanto Sombra como la propia Lllamarada, eran bastante guapas. Víbora sintió un escalofrío.

[Puente del destructor estelar clase Imperial *Senderis*]

"Señor, estamos recibiendo una transmisión del *Disuasor*," dijo el oficial de comunicaciones. "Su capitán solicita hablar con usted."

"Muy bien. Abra un canal seguro," ordenó el capitán de navío Perdiggo. Tan pronto como el oficial asintió con la cabeza indicando que la línea estaba disponible, el comandante del *Senderis* se dirigió a su homólogo en el destructor estelar *Disuasor*."

"Aquí el capitán de navío Perdiggo. Le escucho, capitán."

"Aquí el capitán de navío Legann." La voz sonó cargada de irritación e impaciencia, lo cual sorprendió bastante a Perdiggo, pero el propio Legann se encargó enseguida de aclarar cuál era la razón de su enfado. "Vamos a ahorrarnos los preámbulos. ¿Qué están haciendo ahí esos transportes? ¡Abriremos fuego contra KS-31 en cuarenta y cinco minutos!"

"El capitán de fragata Keller, de la *Vigilante*, ha recibido órdenes de Lord Vader para evacuar a los colonos. Ya les he advertido que deben darse prisa."

"¿Órdenes de Lord Vader? ¡Pensé que era precisamente él quien quería a esos andrajosos muertos! ¿Cómo es que no se me ha notificado este cambio?"

Perdiggo se sintió molesto por el tono de Legann. ¿Cómo se atrevía a pedirle explicaciones? Después de todo, y aunque tuvieran la misma graduación, era él quien estaba al mando de la operación. Y sin embargo se sentía incómodo, casi intimidado por el otro comandante, como si hubiera hecho algo incorrecto y Legann se lo estuviese echando en cara. "Bien, las órdenes no me han llegado a mí directamente. Las traía la *Vigilante*..." Perdiggo vaciló, notando como la sensación de que algo estaba mal se hacía más fuerte. Se daba cuenta de que lo que acababa de decir no era del todo coherente. El procedimiento habitual era informar al comandante de una flota o grupo operativo de cualquier orden específica que se enviara a una de las naves bajo su mando. Claro que, técnicamente, la *Vigilante* no estaba bajo su mando... La voz de Legann interrumpió sus reflexiones.

"La *Vigilante*, ¿eh? Pues ya que hablamos de la *Vigilante*, capitán Perdiggo, ésa es otra cosa que me gustaría que me explicaran. Me dicen que esa nave aparece en nuestro banco de datos como desaparecida en combate."

[Hangar principal de la *Vigilante*]

Avalancha no tenía modo de saber qué estaba pasando exactamente, pero a través del contacto que mantenía con la mente del capitán imperial, podía sentir que éste estaba titubeando de nuevo. *Oh, maldita sea*, pensó con desaliento. *¡Yo no tengo tus poderes, Joan! ¡No puedo hacer esto!*

No te rindas, Sherry. Permite a la Fuerza hacer el trabajo por ti. No lo intentes tanto y límitate a hacerlo...

¿No puedes ayudarme tú de algún modo?

Confía en mí, ya lo estoy haciendo. Pero ten en cuenta que, desde donde estoy, no puedo influir de forma directa sobre mentes poco sensibles a la Fuerza, como la de ese oficial. Tienes que entender que no estoy viva de la misma forma que tú. Te necesito a ti, Sherry, al igual que te necesitan todos esos colonos.

Lo sé...

Avalancha volvió a cerrar los ojos y presionó una vez más sobre la mente del capitán del *Senderis*. Se obligó a sí misma a respirar más despacio, a relajarse, y a permitir que la Fuerza fluyera libremente entre ella y el oficial imperial. Ahí estaba. A falta de otra idea mejor, intentaría seguir sacando partido del miedo que le tenía a Vader.

Lord Vader quiere que sus órdenes se cumplan sin la menor vacilación.

[Puente del destructor estelar clase Imperial *Senderis*]

"Lord Vader quiere que sus órdenes se cumplan sin la menor vacilación," dijo Perdigo como si se encontrara en trance.

"Sí, en eso estoy de acuerdo," contestó Legann, "y sus órdenes eran destruir el planeta *junto* con los colonos. ¿Y qué hay de la *Vigilante*? ¿Debo suponer que hay un error en la base de datos?"

Perdigo vio cómo uno de los controladores asentía vivamente con la cabeza. "Me informan que eso es probablemente lo que ha pasado, sí," Perdigo frunció el ceño. A él también le parecía una explicación poco probable, pero a pesar de todo le molestaba que Legann le estuviera cuestionando de un modo tan descarado. "Hable con su capitán."

A Vader no le gustan los comandantes que cuestionan sus órdenes.

Perdigo se estremeció. "O mejor aún, capitán Legann, puede usted contactar con Centro Imperial y preguntarle a Lord Vader si realmente está seguro de lo que quiere que hagamos..."

Hubo un largo silencio en la línea antes de que volviera a escucharse la voz de Legann. Cuando lo hizo, su tono era mucho más sosegado.

"Hablaré primero con el capitán de la *Vigilante*."

[Hangar principal de la *Vigilante*]

"Por lo que sé, Lord Vader ha decidido que los colonos pueden ser utilizados en la nueva línea de montaje, y la verdad, no me parece que sea una mala idea." Mientras escuchaba cómo el sargento Rammes trataba de explicarse ante el comandante del segundo destructor estelar, Avalancha intentaba encontrar su mente sin perder a la del primero.

"¿Pero por qué no nos han informado al capitán Perdiggo o a mí?"

Avalancha pensó que lo tenía, aunque era muy difícil estar completamente segura. Había varias personas cuyos pensamientos parecían fluctuar según avanzaba la conversación entre Rammes y los capitanes de los dos destructores, pero ésta sin duda estaba siendo escuchada por otras personas además de ellos mismos. El individuo cuya mente acababa de tocar no tenía tanto miedo de Vader como el capitán llamado Perdiggo, pero parecía experimentar cierto rechazo ante la idea de tener que hablar con él.

"No puedo contestar a eso, señor. Yo he recibido mis órdenes y estoy obedeciéndolas, eso es todo. Si quiere saber usted más, tendrá que acudir a quien me las ha dado..."

Ahí estaba el rechazo otra vez. Podría tratarse del tal capitán Legann, pensando que tendría que terminar dirigiéndose a Vader si quería salir de dudas, y planteándose si merecía la pena correr ese riesgo. Al pensar en ello, Avalancha se dio cuenta de que el sargento Rammes acababa de dar en el clavo. Los funcionarios imperiales, y muy en particular los militares, siempre estaban siguiendo las órdenes de alguien que estaba por encima de ellos. Mientras uno siguiera escrupulosamente la cadena de mando, cuando algo salía mal lo lógico era que el inmediato superior cargara con las culpas, aunque eso no fuera cierto en todas las ocasiones. Por lo que había podido entender Avalancha, esta flota estaba bajo el mando del capitán de navío Perdiggo. Decidió jugárselo todo a esa carta.

Es problema del capitán de navío Perdiggo, no tuyo. De Perdiggo, no tuyo. De Perdiggo...

"Hmm, bien, sí," se escuchó decir a Legann. "Supongo que si el capitán de navío Perdiggo no tiene ninguna objeción, puede usted proceder..." Avalancha casi dejó escapar un suspiro de alivio. Aunque Legann no parecía del todo convencido, aquello podría ser todo lo que necesitaban. "Una pregunta más, capitán," insistió el comandante del *Disuasor*. "Su nave aparece en nuestro banco de datos como desaparecida en combate. ¿Tiene alguna explicación para eso?"

Avalancha creyó que el corazón se le iba a detener de repente. ¿Cómo habría explicado esto Psico?

"¿Qué? ¡No me diga que...! ¡Malditos sean mil veces!" la voz de Rammes sonó cargada de lo que parecía auténtica indignación. "No me lo puedo creer, ¿todavía no han corregido el error después de casi dos semanas? ¡En cuanto

terminemos aquí, va a haber alguien allá en Centro Imperial a quien esto le va a costar el puesto y los galones, y eso si no pierde nada más...!"

¡Bien hecho, Rammes! pensó Avalancha.

"De acuerdo, capitán," respondió Legann tras unos momentos de silencio. "Cuando envíe sus quejas, incluya usted una línea diciendo que cuenta con todo mi apoyo en este punto. Ya es bastante malo tener que soportar que se cometan errores de este tipo, como para encima aguantar que los que tienen que corregirlos se muestren tan injustificablemente perezosos y negligentes."

"Gracias, señor. Así lo haré."

"Disuasor fuera."

Avalancha se dejó caer sobre el respaldo de su asiento. "Eh, sargento," dijo a través del intercomunicador. "Si salimos de ésta, yo personalmente recomendaré que le asciendan a teniente. ¡Considérelo una promesa!"

"Gracias, comandante. ¡No puede ni imaginarse de qué forma estoy sudando ahora mismo!"

Avalancha soltó una carcajada. El sargento Rammes le estaba empezando a caer muy pero que muy bien. Al mirar hacia el ala-A que ocupaba Psico, vio como el espía levantaba el pulgar, al tiempo que escuchaba su voz en los auriculares.

"Parece que la Alianza Rebelde está plagada de buenos actores, ¿eh, Avalancha?"

"Y tú que lo digas."